

Esta edición PDF
del **Papel Literario**
se produce
con el apoyo de



DICE ANTONIO COSTANTE: El teatro es un arte impuro, porque se vale de muchas cosas. Se vale de un texto, un libro, que mientras está ahí es una cosa inerte; de los actores, la música, la escenografía... Se trata de algo coordinado entre muchas disciplinas, que te permite convertir una obra escrita en imágenes y voz.

Papel Literario **82** AÑOS

FUNDADO EN 1943

DOMINGO 12 DE OCTUBRE DE 2025

• Dirección Nelson Rivera • Producción PDF Luis Mancipe León • Diseño y diagramación Víctor Hugo Rodríguez • Correo e. riveranelsonrivera@gmail.com • https://www.elnacional.com/papel-literario/ • Twitter @papeliterario

HOMENAJE >> CARLOS PACHECO (1948-2015)

“Carlos Pacheco, escritor, crítico literario, editor, traductor, promotor cultural, individuo de número de la Academia Venezolana de la Lengua, profesor emérito de la Universidad Simón Bolívar, maestro de varias generaciones de estudiantes agradecidos, fue también mi esposo, mi amigo, mi amante, mi maestro, mi compañero, solo Carlos”

LUZ MARINA RIVAS

Durante los años que la vida nos regaló para estar juntos, ambos fuimos el primer lector el uno del otro y el interlocutor el uno del otro en nuestras larguísimas conversaciones mientras subíamos a nuestro querido Ávila caraqueño o hacíamos nuestras caminatas diarias por Colinas de Bello Monte y Valle Arriba, o en la intimidad del hogar. Compartimos sueños, ideas, valores, temores, proyectos, dolor de país, nuestras fortalezas y nuestras debilidades, nuestros recuerdos más antiguos y las memorias que construimos juntos.

La búsqueda de Lo Alto

Carlos había nacido en Caracas, donde se asentaron sus padres provenientes del estado Trujillo, pero nunca perdieron sus raíces. El recuerdo más antiguo que Carlos tenía era una imagen de sí mismo en Boconó, cuando apenas tenía seis años, vestido de nazareno en una procesión de Semana Santa. Iba acompañado de sus padres y de sus hermanas Beatriz y Cristina. Eran una familia trujillana tradicional, con una devoción católica vivida con intensidad, más allá de las formas. Él decía que la religiosidad familiar había sido su lengua materna espiritual, que dejó en él no solo un cúmulo de valores transmitido por sus padres –honestidad, amor al trabajo, fe ante las dificultades, empatía hacia los demás, humildad, perseverancia para lograr las metas–, sino un impulso hacia el encuentro de lo divino. Este impulso lo llevaría a recorrer diversos caminos como el noviciado jesuita, el budismo y *El trabajo*, de Gurdjieff. Esta escuela, centrada en el cultivo de la atención a través de diversas tareas para el cuerpo, el intelecto y el sentimiento, fue para él una casa espiritual por más de treinta años, que lo llevó a una gran autoexigencia en todas las esferas de su vida. Si bien no compartíamos el mismo camino espiritual, pues yo, con el mismo impulso, transitaba por otra práctica, ambos meditábamos juntos diariamente y encontrábamos en esto un lazo que nos unía. Él decía: “Aunque pueda revestirse, a lo largo de la vida de ropajes o lenguajes muy diversos, la Gracia es una sola”.

Recuerdo que estas búsquedas encontraban eco en muchas lecturas literarias, en particular, en la poesía y en la amistad con el querido poeta Arman-



CARLOS PACHECO CON SUS HIJOS Y NIETOS / ARCHIVO FAMILIAR

Carlos, solo Carlos

do Rojas Guardia. Ambos habían sido amigos desde su infancia en el Colegio San Ignacio. La humildad de Armando, su autenticidad, la maravilla de su palabra poética, su relación con Dios desde las varias marginalidades que sufría, resultaban para Carlos muy inspiradoras. De su amistad con el poeta, decía que se parecía a la relación del músico y su crítico en el cuento “El perseguidor”, de Julio Cortázar. El crítico en el cuento intuye la grandeza de la búsqueda del músico, pero le resulta inasible; hay un algo muy grande más allá del arte mismo, que se revela en la humanidad del artista, capaz de despojarse de todo en una dolorosa travesía en busca de la trascendencia luminosa.

En familia

Uno de los valores más arraigados en Carlos era su amor por la familia, grande y muy unida. Carlos se crió en una amplia casa en Altamira, en Caracas, con sus padres José Rafael y María del Carmen, familiarmente llamados Papa y Mimía, así como con sus tíos Jesús Antonio y Carmen Beatriz, sus dos hermanas, sus tres primos y su abuela María, Mamaía. Tuvo una infancia y una adolescencia felices. Su primo Juan José, diez años menor, me cuenta que Carlos era como un hermano mayor admirado por él, porque manejaba y lo llevaba a pasear en carro. De su papá, Carlos aprendió la pasión por los carros. Desde adolescente, se sabía todas las marcas y modelos por año. Conmigo jugaba a identificarlos cuando salíamos. Carmen Beatriz, su tía, recordaba con cariño el primer trabajo de Carlos siendo muy niño: llevaba a domicilio los arreglos florales que su abuela elaboraba en su floristería. Se ganaba así sus primeros reales.

Extraño a esa inmensa familia, ahora desperdigada por el mundo, que no dejaba de reunirse antes de cada Navi-

dad para elaborar un gigantesco nacimiento y luego festejar juntos cada 25 de diciembre. Hijos y sobrinos se iban casando y teniendo hijos a su vez. Carlos disfrutaba de cada boda, cada graduación, cada evento familiar importante que renovaba la unión familiar. Entonces bromeaba, bailaba, brindaba con humor y hacía sentirse a todos parte de un clan memorable. Recuerdo con nostalgia nuestra propia boda en 2001, en la bella Casa del Profesor de la USB.

De su primer matrimonio con Wilma Álvarez, Carlos tuvo tres hijos: Fianna, Milena y Andrés. La relación con ellos era de confianza plena, de creer en los talentos de cada uno, de complicidad amorosa, de estimularlos a ser lo que ellos quisieran ser. Siempre me impresionó que ante cualquier problema, ellos lo llamaban y él estaba dispuesto a escuchar, conversar, comprender, actuar. Mis dos hijas, Yazmín y Karina, aprendieron a quererlo. Recuerdan sus clases de manejo, sus charlas animadas, sus invitaciones a la playa, sus

bromas. Cuando Fianna se casó, estaba loco por ser abuelo, de manera que para hacérselo saber, le regaló ropa de recién nacido. Pudo conocer a tres de sus nietos.

La literatura

En 1968, Carlos se formaba en Filosofía en la Universidad Católica Andrés Bello como seminarista jesuita, pero buscaba entrar en las clases de Letras porque ya tenía una gran pasión por la literatura desde su adolescencia. Tras un *impasse* con las autoridades de la Universidad, muy bien narrado por Arturo Gutiérrez Plaza, continuó sus estudios de Filosofía y Letras en la Pontificia Universidad Javeriana, donde tomó dos decisiones importantes: dejar el noviciado, que había comenzado apenas al terminar el bachillerato, y hacer su especialización en Letras. Sus compañeros de la Javeriana fueron sus amigos a lo largo de muchos años y con ellos se reencontró cuando migramos a Colombia en el 2012. Lo recuerdan como un estudiante brillante, pero tam-

bién como un gran compañero que tocaba la guitarra y cantaba. Él tenía una bella voz de tenor y lo escuché muchas veces cantar boleros para mí, pero fue en Bogotá donde me enteré de su talento de guitarrista. Me confesó que al culminar sus estudios vendió la guitarra porque estaba reuniendo fondos para ir a Europa. Nunca más volvió a tocar. De la Javeriana conservó un recuerdo especial de las clases del padre Enrique Gaitán, que enseñaba un análisis metódico y exhaustivo de los textos –todo el grupo recuerda el meticuloso análisis de *El principito*– y de Martha Canfield, una importante voz de la crítica de la literatura latinoamericana.

En 1979 obtuvo su título de *Master of Arts in Latin American Studies* de la Universidad de Liverpool con un trabajo de grado titulado *Yo el Supremo, a dialectical biography of Dr. Francia*, bajo la tutoría de John Gledson. Más adelante, presentaría una ponencia en Maryland, titulada “*Yo el Supremo*: polifonía y visión caleidoscópica” (1982) y otra más, “La binaridad como modelo de concepción estética en la cuentística de Augusto Roa Bastos”, en la Universidad de Oklahoma, que mereció el Premio Medalla Rafael Barret, en 1985. El escritor llegó a conocer el trabajo de Carlos sobre su obra, de manera que cuando se le preguntó quién podría hacer el estudio introductorio de la novela para la edición de Biblioteca Ayacucho, Roa Bastos dijo sorprenderse por la solicitud en vista de que ya en Venezuela tenían al especialista. El resultado fue un extraordinario estudio introductorio. Carlos tuvo con orgullo en su biblioteca una fotografía con Roa Bastos, que aún conservo, aunque ya desleída por el tiempo.

Al regreso a Caracas, trabajó un breve tiempo en publicidad. De entonces es un eslogan como “tecnología del color” y otros más que nadie imaginaría que fueron de Carlos Pacheco. Aparte de esto, comenzó a trabajar en el Centro de Estudios Latinoamericanos Rómulo Gallegos en 1979. Trabajó con figuras como Ángel Rama, Nelson Osorio, Ana Pizarro, Domingo Miliani, Raúl Bueno Chávez, George Yúdice, y Beatriz González. Allí publicó su inolvidable trabajo *Narrativa de la dictadura y crítica literaria* (1987). En 1980 ingresó como docente a la Universidad Simón Bolívar.

Cuando fuimos a unas Jornadas de Literatura Latinoamericana (JALLA) en Perú, en 1999, recuerdo que al registrarnos en el hotel dos profesoras argentinas escucharon su nombre. Una de ellas exclamó: “¡Carlos Pacheco! Usted es el de *La comarca oral*!”. Nos enteramos de que esta obra, su tesis doctoral, del King’s College, hecha bajo la tutoría de William Rowe, editada con un bajo tiraje por La Casa de Bello (1992) en Caracas, circulaba por América Latina por fotocopias. *La comarca oral* es, creo sin dudar, el estudio más importante sobre la oralidad trasvasada a la literatura escrita en la novelística latinoamericana. Lamentablemente, Carlos no llegó a ver la reedición que se preparaba en la Universidad Nacional de Colombia desde meses antes de su deceso, que incorporaba trabajos posteriores sobre el tema. *La comarca oral revisitada* se publicó en 2016.

Una noche de marzo de 2015, a punto de escuchar un concierto de la pianista Gabriela Montero en el Teatro Colón de Bogotá, un inesperado infarto se lo llevó prematuramente. Aún tenía grandes proyectos. Dejó una importante obra teórica y crítica, escrita en una prosa de alto valor literario y claridad didáctica, un trabajo de equipo en varias antologías, una marca indeleble en sus alumnos sobre cómo enseñar literatura, una nostalgia grande en quienes lo conocieron de cerca y un vacío inmenso en quienes lo amamos. ☹



LUZ MARINA RIVAS Y CARLOS PACHECO / ARCHIVO FAMILIAR

HOMENAJE >> CARLOS PACHECO (1948-2015)

Un demiurgo de nuestra comarca

“No hay manera de sistematizar todo lo que me transmitió o me hizo pensar el vaivén cotidiano de nuestros diálogos o nuestra correspondencia”

MIGUEL GOMES

Encuentros con Carlos Pacheco

Si tuviera que elegir una de las experiencias más formativas que he tenido como crítico después de mis estudios de posgrado, tal vez mencionaría lo que ha significado para mí colaborar en varios proyectos de equipo de los cuales han resultado antologías u obras completas de autores venezolanos. Y el primero a gran escala fueron los dos volúmenes de *La vasta brevedad: antología del cuento venezolano del siglo XX* (2010), donde tuve la suerte de trabajar con Carlos Pacheco y Antonio López Ortega. Fue una temporada inolvidable desde el punto de vista profesional y humano. Podría aquí tratar de reconstruir las conversaciones telefónicas o de Skype; el trájín del correo electrónico con auténticos borradores de disertaciones cuando argumentábamos nuestras respectivas posiciones; el enriquecedor intercambio de fichas sobre autores retocadas por cada uno de los integrantes; las reuniones ya sea de dos de nosotros –en Nueva York o Cincinnati– o de los tres –en Caracas y Mérida–; y, especialmente, el edificante reto de componer a seis manos una introducción de buena extensión, para nada ligera. Yo siempre había escrito en soledad e imaginaba las colaboraciones de ese tipo como el parto de una hidra o un cancerbero. Carlos y Antonio me enseñaron que no tenía que ser así; no pude haber sido más afortunado. Cuando Carlos falleció en 2015, sabíamos Antonio y yo que habíamos perdido no solo a un colega, sino a un amigo entrañable, una suerte de hermano mayor.

De él aprendí por partida doble. No hay manera de sistematizar todo lo que me transmitió o me hizo pensar el vaivén cotidiano de nuestros diálogos o nuestra correspondencia. Pero sí logro trazar el itinerario de mis lecturas de su obra. Estas se iniciaron mucho antes que trabáramos amistad. Sin ánimos de respetar una cronología estricta, rehago el orden en que sus estudios preliminares, sus artículos o sus libros llegaron a mis manos. En el principio –siendo yo todavía estudiante en Caracas– estubo su magnífico prólogo para *Yo el Supremo* publicado por la Biblioteca Ayacucho (1986), cuya frecuentación luego se me superpone al volumen *Narrativa de la dictadura y crítica literaria* (1987). Mis gustos durante la licenciatura se habían concentrado en el Siglo de Oro español y quizá el efecto de esos escritos de Carlos fue uno de los factores que me reorientaron hacia la literatura hispanoamericana moderna cuando decidí hacer la maestría y el doctorado. Ya al publicarse *La comarca oral* (1992), la corrección de mi rumbo se había completado y estaba a punto de graduarme con una tesis sobre la historia del ensayismo venezolano. No me extraña que, en esa misma década, cuando tuve la oportunidad de traer invitados a dar charlas al departamento que me contrató una vez concluí mis estudios, la primera persona fue Carlos, quien casualmente pasaba una temporada en el noreste de los Estados Unidos. Ese de Connecticut fue mi primer encuentro con él, pues hasta entonces solo nos habíamos carteadado. En los espacios de la admiración que me merecía comenzó a crecer también la amistad.



CARLOS PACHECO / ©VASCO SZINETAR

Del crítico literario al pensador cultural

Mis lecturas de sus publicaciones se multiplicaron, mientras tanto. Carlos sobre Julio Cortázar, Carlos sobre Alejo Carpentier, Guillermo Meneses, Ednodio Quintero. Sus asedios a la novela histórica. Su edición, con Luz Marina Rivas, de “Novelar contra el olvido” (número monográfico de la revista *Estudios*, 2001). Lo mucho que llegó a escribir sobre el cuento, en particular el venezolano, donde sus contribuciones culminarían con una compilación crítica coordinada con Luis Barrera Linares y Carlos Sandoval, *Propuesta para un canon del cuento venezolano del siglo XX* (2014). Dada mi especialidad en ensayo, no podía ignorar lo que decía Carlos acerca de Alfonso Reyes. Pero el conocimiento de ese género le hacía a Carlos inevitable, igualmente, incurrir en los terrenos de las doctrinas o los idearios y, si ya me parecían vitales sus reflexiones sobre narrativa, descubrí que, de alguna manera, había emprendido la exploración de las encrucijadas del arte, la política y la ética. Aquí se le imponía la figura del intelectual concebido como agente del campo cultural que, tras acumular capital simbólico gracias a su seguimiento de las reglas autonómicas, decide reinvertir ese capital en otros campos para intervenir en ellos, según el paradigma de Zola a raíz del caso Dreyfus. Hay muchas aportaciones de Carlos en ese sentido: incluyen abordajes del legado de Arturo Uslar Pietri, Mario Vargas Llosa o José María Arguedas; asimismo, de críticos que actúan como puentes entre la literatura y su extrarradio: Antonio Cornejo Polar, Ángel Rama, Víctor Bravo o Iraset Páez Urdaneta. Uno de los títulos esenciales en esta vertiente de su labor es su “Texturas de la nación: el intelectual Gallegos como significante político y estético en la cultura venezolana”, que apareció en el no menos indispensable volumen –coeditado con Barrera Linares y Beatriz González Stephan– *Nación y literatura: itinerarios de la palabra escrita en la cultura venezolana* (2006). Basta echar un vistazo a las reflexiones iniciales de Carlos para que percibamos las dimensiones de su pensamiento social:

“Textura es una buena palabra para nombrar eso tan inasible, tan plural y tan cambiante que es lo nacional. Inasible, plural y cambiante pero también patente, omnipresente, pues-

to que impregna las más diversas y sutiles manifestaciones de la actividad humana de los ciudadanos. ‘*The fabric of the nation*’, ‘*the fabric of society*’, son acertadas fórmulas acuñadas hace ya tiempo por autores anglosajones para nombrar metafóricamente esa hilada y tramada materia capaz de cohesionar lo nacional [...]. Algunas de estas costuras [...] son los respuntes básicos o estructurales de ese constructo nacional. Muchos de ellos tienen la densidad y eficiencia semiótica de los símbolos. Además de los tres símbolos canónicos que ‘nos sabemos’ desde la escuela como emblemas oficiales de la patria, hay lugares y canciones, imágenes, vestimentas, juegos, comidas y también personajes, ficticios o reales, que por diversas razones han adquirido ese rango de símbolos fundamentales de la patria, tanto o hasta más entrañables que los taxativamente establecidos porque, para responder a una marcada necesidad de reafirmación del colectivo nacional, han sido impregnados de sentido, apelación y representatividad”.

El responsable de esos renglones transitaba de la crítica a la teoría y a lo que en otras circunstancias he llamado la “metateoría”, puesto que las poéticas surgidas en América Latina se convirtieron para él en objeto de interés junto con la inserción del autor en las redes discursivas que confieren legitimidad política o, en general, pragmática, a las faenas letradas. Esa semiotización del individuo creador que afecta a su recepción mientras lo instrumentaliza en la producción cultural ajena fue lo que resaltó en Gallegos y otros. Con gran efectividad quedaba demostrado en esas indagaciones que tanto literato como lector no solo son usuarios sino componentes y consecuencias del lenguaje.

Del scholar al escritor

Me parece que en tal percepción se gestó uno de los cambios más radicales del profesor Carlos Pacheco. En sus inicios y en su madurez, fue un docente y un investigador clásico, apegado con ejemplaridad a las normas del gremio en que descollaba tanto en su país como en el escenario internacional. Sus artículos de investigación y sus estudios extensos aseguraban ese prestigio. Ya avanzado el siglo XXI, sin embargo, esporádicamente cultivó un género temido y evitado en las más avanzadas univer-

sidades modernas: el ensayo, mucho más libre, más íntimo, con altas dosis de imaginación, narratividad o lirismo –así lo describe Georg Lukács– y, a intervalos, lúdico, subversivo –así lo describe Theodor Adorno. Estos nuevos escritos de Carlos circularon en periódicos y revistas literarias (medios naturales de los ensayistas desde la Ilustración, cuando el invento de Michel de Montaigne y Francis Bacon dio el salto del libro a la prensa diaria en manos de Joseph Addison y Richard Steele).

En esa última versión del crítico Carlos Pacheco, gracias a la fluidez característica del *modus operandi* montaigniano, a contramano de la disciplina universitaria, el objeto y el sujeto científicos dejaron de distinguirse con claridad. El sujeto empezó a actuar como el objeto de estudio, a mimetizarse con él, comentando literatura mientras a su vez hacía literatura, dejándose conquistar por la productividad estética de su propia expresión y acatando, de paso, el dictamen de Ortega y Gasset: “el ensayo es la ciencia menos la prueba explícita”, es decir, prescindiendo del exceso de aparato probatorio o de la rígida docilidad ante un método científico en que deben exhibirse sin rodeos un problema, una hipótesis, la demostración y la conclusión donde la hipótesis se vuelve ley. Siempre me ha parecido que la más irrefutable evidencia de esa metamorfosis se constata en un texto de Carlos acerca de Víctor Bravo, en quien reconocía simétricamente a un sólido crítico que se valía en ocasiones del ensayo. Carlos había redactado el prólogo a un volumen que Monte Ávila le publicaba a Bravo y, por un accidente, en la portadilla se mencionaba a Jorge Luis Borges como autor del texto preliminar. Ante la imposibilidad de que la editorial rectificara el disparate, Carlos le confió al *Papel Literario de El Nacional* –que hoy lo homenajea– un par de páginas memorables tituladas, ni más ni menos, “Borges y yo (en Monte Ávila)”:

“Al otro, a Borges, es a quien le ocurren las cosas. Yo camino por Boccón, por Los Teques, por Caracas y entro, acaso ya mecánicamente, en una de las Librerías del Sur, para mirar el nuevo libro de Víctor Bravo. Es de Borges de quien tengo noticias entonces, al ver su nombre como autor del prólogo que creía yo haber escrito para *El señor de los tristes y otros ensayos* (Caracas, Monte Ávila Editores,

2007). Un piadoso e-mail me informa que hubo un errorcillo en la edición, pero que no me preocupe, que será corregido. Del libro de Bravo me gusta su pasión teórica, su erudición activa, la imbricación de doble vía entre pensamiento y escritura y el sabor de la prosa (de hecho, creí haber escrito algo sobre todo eso en las páginas introductorias). El otro, Borges, comparte esas preferencias, pero de un modo vanidoso, hasta el punto de arreglárselas para venir del más allá a modificar el arte final justo antes de entrar el libro en la imprenta y atribuirse así la autoría de las líneas que creía yo haber escrito. ¿Lo habré soñado? Sería exagerado afirmar que la confusión de nombres me ofende. A veces siento que más bien me enorgullece. Yo me limité a escribir. Que un corrector de pruebas (si lo hubo) pudiera haber pensado que mi humilde escritura era de Borges es algo que me justifica...”

Tengo para mí que recordar momentos tan ingeniosos como ese –podría citar otros: me abstengo por razones de espacio– constituye una manera perfecta de concluir, pues corrobora la riqueza de registros mentales y estilísticos desplegados por el quehacer de quien es un crítico venezolano insoslayable tanto en los ámbitos especializados de las aulas como en los círculos culturales no regidos por ellas. Su voz se manifestó indistintamente con la mesurada objetividad del *scholar* o la más apasionada –risueña– actitud del lector independiente. En Venezuela hay pocos casos como este, y no conviene olvidarlos. No es raro obviar u ocultar que la literatura, una institución inmaterial, existe tanto o más por la intervención organizadora de una comunidad lectora que por los textos literarios mismos: dicha sociedad de receptores es, a la larga, la que define aquello que consideraremos como artístico o digno de recordarse como tal. Sucede que ningún otro lector tiene la capacidad del crítico para traducir sus visiones en discursos compartibles. Carlos Pacheco lo hizo con inteligencia, sabiduría y bondad; supo enriquecer nuestro juicio estético, y como pocos dialogó equitativamente con escritores y críticos. Fue, en suma, uno de los mejores demiurgos de nuestra sociabilidad letrada, esa comarca que hasta ahora ha logrado sobrevivir incluso a la más dura de sus pruebas históricas: la de su dispersión física actual. ☉

HOMENAJE >> CARLOS PACHECO (1948-2015)

Universitario multitarea

"Pacheco tenía por la USB una pasión total. A ella se consagró y en ella desempeñó, siempre entusiasta, varios roles, con pleno sentido de la responsabilidad. Aparte de su labor docente, en todos los niveles, fue coordinador del posgrado en Literatura (1983-1985), decano de Estudios Generales (1990-1994) y decano de Estudios de Postgrado (2001-2003)"



CARLOS PACHECO, ACTO DE INCORPORACIÓN A LA ACADEMIA VENEZOLANA DE LA LENGUA / ARCHIVO FAMILIAR

LUIS BARRERA LINARES

Solía decir el inolvidable profesor José Santos Urriola que Carlos Pacheco Pacheco había llegado a la Universidad Simón Bolívar con porte de sacerdote y vistiendo aún el alzacuellos. Con ello aludía metafóricamente a su disciplina y rigor, tanto en la docencia como en la investigación y en el desempeño de cargos administrativos. Jocosamente se refería Urriola a la formación recibida entre los jesuitas, a cuya compañía había pertenecido Carlos como novicio y como estudiante (1966-1971). Pacheco se formaría posteriormente, en dos universidades también relacionadas con esa congregación: la Católica Andrés Bello (de Caracas) y la Javeriana (de Bogotá). El motivo por el cual tuvo que dejar la primera queda para otra historia. De la última egresó como licenciado en Filosofía y Letras (1973). Más adelante formalizaría estudios de maestría en la Universidad de Liverpool (1974) y de doctorado, en el King's College, de Londres (1989). Es decir, además de aspirante a sacerdote, este caballero era casi un lord inglés. Formalidad y cortesía fueron marcas identitarias suyas.

Ingresó a la Universidad Simón Bolívar (USB, sede de Sartenejas) en 1980,

luego de ser seleccionado en concurso público para integrarse al Departamento de Lengua y Literatura. Desde ese momento, la USB sería para él el alfa y el omega de su productiva vida universitaria: 26 años de labor que solo pudieron ser interrumpidos por su temprano deceso, ya que no dejó de hacerle aportes a la institución ni siquiera después de jubilado. Allí nos conocimos en 1988, a raíz de un proyecto que quisimos hacer común y comunitario: las indagaciones sobre el cuento literario que tendrían su colofón en nuestro libro en coautoría *Del cuento y sus alrededores* (1993, 1997). Además, en el mismo departamento, firmamos nuestro decreto bilateral de "amistad personal y profesional a primera vista". Eso nos convertiría en el "duo dinámico" o el "dueto criollísimo" (así nos tildaban algunos colegas, unas veces con humor benigno y sincero; otras, con cierto sarcasmo, aunque, en ambos casos, disfrutábamos tales apelativos).

Pacheco tenía por la USB una pasión total. A ella se consagró y en ella desempeñó, siempre entusiasta, varios roles, con pleno sentido de la responsabilidad. Aparte de su labor docente, en todos los niveles, fue coordinador del posgrado en Literatura (1983-1985), decano de Estudios Gene-

rales (1990-1994) y decano de Estudios de Postgrado (2001-2003).

Ocupó otras diversas posiciones internas, en el departamento y en otras dependencias. Prolijo sería enumerarlas todas; valga decir que desfiló por la Dirección de Cultura, el Consejo Asesor de la Biblioteca, el Consejo Editorial, la Comisión Técnica del Decanato de Investigaciones, la Comisión Clasificadora, etc. Nunca dijo que no a cualquier actividad administrativa que cualquier autoridad le requiriera, independientemente de la relevancia y jerarquía. Todas eran para él importantes. Un verdadero militante de la vida universitaria activa: ingresó como docente contratado y a partir de allí fue desfilando progresivamente por el escalafón universitario: desde su clasificación como asistente, hasta llegar al nivel máximo de profesor titular (1993). Habría que recordar que los docentes universitarios desfilamos por un camino en el que cada cierto lapso debemos rendir cuentas, si deseamos mantenernos con la dignidad debida, y lo hacemos mediante el trabajo de ascenso que defendemos ante un jurado calificador, principalmente si hemos elegido esa ruta convencidos de su relevancia en la formación de profesionales integrales. Eso sin de-

jar de lado la necesidad de un proceso de formación constante, implícito en la ocupación que hemos elegido. Y más aún, sin que cuente el precario salario (rima intencional) que, por circunstancias sobrevenidas o inesperadas, debemos devengar durante algunos períodos.

En esa senda, Carlos se desempeñó como tutor de múltiples tesis y dictó las más variadas asignaturas: desde los cursos básicos en los que se busca que los futuros egresados tengan contacto con las peripecias del idioma y su escritura o los géneros literarios, hasta los seminarios y estudios generales concentrados en determinada área específica (la literatura latinoamericana y algunos de sus autores emblemáticos, las lenguas y sus implicaciones socioestéticas, el cuento en sus diversas variantes, el proceso de la narrativa venezolana o española, entre otros). No en vano, recibiría diversos reconocimientos; entre ellos el Premio a la Labor Docente (1996, otorgado por esa legendaria institución gremial que es la siempre combativa Asociación de Profesores), hasta ser honrado en el año 2014 con la distinción de profesor emérito.

Por esa vía, a solicitud del rector de esos años, Enrique Planchart, y ya teóricamente jubilado, en 2005, llegó Pacheco a la coordinación de la editorial Equinoccio que, por muchos motivos, había perdido el empuje de otros tiempos (antes había estado adscrita a la Dirección de Cultura de la USB y, a partir de ese año, pasó a depender directamente del Rectorado). A la editorial se dedicó Carlos a tiempo completo, con la muy explícita intención de que dicha dependencia de nuevo levantara vuelo y alcanzara el brillo de otras épocas. Lo primero que hizo fue constituir un Consejo Consultivo y actualizar el Consejo Editorial, integrados por personas de dentro y fuera de la USB. Junto con el personal que ya laboraba allí, ambos cuerpos colegiados se encargarían de sugerir las políticas editoriales y los procesos de recepción, evaluación, arbitraje y publicación de los libros. Me honra haber formado parte de ese colectivo. Se conocen suficientemente mi apego, mi agradecimiento e incondicionalidad hacia la USB, debido a que también conseguí en ella abierto y decidido apoyo para mi desarrollo como docente e investigador, aparte de un ambiente departamental siempre estimulante y proactivo.

Ya a cargo de Equinoccio, fueron varios los aportes que Pacheco y su legión de soñadores emprendieron, o emprendimos, bajo sus orientaciones e impecable labor directiva. Me eximo de acotar aquí nombres, para evitar no ser completivo; pero el entusiasmo del nuevo coordinador se contagió hacia todos sus colaboradores: profesorado, autores y autoras, sin dejar de

lado al personal de la editorial que, con total dedicación y sentido de pertenencia, se sumó a aquella hermosa aventura.

Bajo rigurosas normas y procesos de selección, la editorial se abrió a la publicación de obras de escritores internos o externos, noveles o consagrados. Se renovaron las ediciones de libros de texto y las colecciones de ensayo, poesía y narrativa, con base en un nuevo y vanguardista diseño que todavía sirve de rasgo identitario de la USB en las librerías en que aún pueden conseguirse ejemplares. Hubo importantes cambios relacionados con portadas y contraportadas, diagramación interna y tamaño de los libros, en sus diferentes colecciones (Indaga, Plural, Paraninfo, Tesis, Recorridos, Papiros, Armonía, Alma Mater).

Mediante una política abierta y plural, se crearon, además, algunos galardones que buscaban estimular el trabajo escriturario. En tal sentido se volvieron referentes emblemáticos el Premio Nacional Universitario de Literatura y los concursos de cuento y poesía. Con estos últimos se buscaba honrar la trayectoria de dos grandes escritores venezolanos: Oswaldo Trejo y Eugenio Montejo.

No faltó tampoco la vuelta a algunas colecciones que habían gozado de cierto letargo, motivado esto por el incremento de los costos de publicación y la merma de los presupuestos, flagelo que ya comenzaba a causar sus estragos. Sin embargo, no puede obviarse que, para esto, fue relevante la participación de algunas instituciones privadas con las que se acordaron importantes coediciones o el financiamiento de determinadas colecciones; entre ellas debo resaltar particularmente a Banesco y la Fundación Bigott.

Pacheco cesó en su labor editorial en el año 2010. Aunque ya con algunas dificultades financieras, sus sucesores (Mariana Libertad Suárez, 2010-2014, y Cristian Álvarez, 2014-2021) continuarían el desarrollo de aquel sueño iniciado en el año 2005, gracias a la constancia y empeño de @doblepacheco.

Lamentablemente, las condiciones han cambiado y, en este tiempo, la editorial está en un proceso de "hibernación" —como la USB en general—, a la espera de una nueva primavera que le devuelva la florescencia.

Gracias a sus méritos y múltiples actividades como universitario cabal, Pacheco fue elegido para ocupar el sillón W de la Academia Venezolana de la Lengua (2008), institución en la que me correspondió el más gratificante de los honores para con quien fue mi compañero inseparable en la investigación y la vida: recibirlo y ofrecerle ante el pleno el discurso de contestación, un 7 de diciembre de 2009. Seis años y tres meses después, se marcharía definitivamente del plano terrenal, un 27 de marzo de 2015, evento que ocurriría en la misma Bogotá donde se había licenciado y a la espera de los acordes provenientes de las prodigiosas manos de Gabriela Montero. Imagino que, antes de ingresar a la eternidad, de nuevo se colocaría el alzacuellos. ☉

Sir Carlos Pacheco

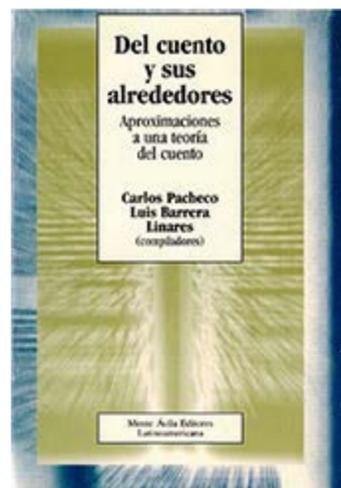
"Como editor, lo vi tomar la dirección de Equinoccio de la USB. Nos reunimos en una ocasión porque él quería conocer cómo era la experiencia editorial en nuestra Facultad de Humanidades y Educación de la UCV. No pasó mucho tiempo cuando las obras de la editorial de Sartenejas ya estaban nuevamente en las estanterías"

AURA MARINA BOADAS

Mi primer contacto con Carlos Pacheco fue como lectora, mientras preparaba mis clases. Era el autor de *La comarca oral* y el coautor *Del cuento y sus alrededores* (conjuntamente con

Luis Barrera Linares). Dos libros de esos que se vuelven referencia ineludible, siempre a la mano y que, en lo personal, terminaron siendo compañeros notorios en mis cursos e investigaciones.

Con el paso de los años, conocí per-



sonalmente a Carlos Pacheco, y aquel nombre impreso en las portadas, se humanizó y pasó a ser el de un hombre de familia, un papá orgulloso en el acto de grado de sus hijos, un anfitrión que junto a mi querida Luz Ma-

rina Rivas me brindaron unos días maravillosos en Bogotá; aún recuerdo los paseos que deben haber quedado inmortalizados en las innumerables fotos que Carlos tomaba y burlándose subía a las redes, para luego decirnos "ya son *trending topic*".

Como editor, lo vi tomar la dirección de Equinoccio de la USB. Nos reunimos en una ocasión porque él quería conocer cómo era la experiencia editorial en nuestra Facultad de Humanidades y Educación de la UCV. No pasó mucho tiempo cuando las obras de la editorial de Sartenejas ya estaban nuevamente en las estanterías, con una imagen remozada, nuevas colecciones, presentaciones, alianzas y patrocinios.

Con el crítico literario también estuve en contacto, cuando en una oportunidad le hice llegar una colaboración para un proyecto que él estaba llevando adelante. Mi trabajo no llegó al índice final, y es que a pesar de estar clara en mi enfoque no tenía argumentos suficientes para justificarlo. Las preguntas de Carlos si-

guieron resonando en mí por un buen tiempo, hasta que poco a poco me fueron llegando las respuestas a esas interrogantes que él me había planteado. Sus preguntas me permitieron convertir mis intuiciones en las certezas que acompañan mi trabajo actual de diálogos interdisciplinarios.

Siento que estas breves y sencillas estampas que he querido compartir están atravesadas por la pasión de un intelectual que asumió lo que hacía con una mezcla de afabilidad y rigor, de innovación y tradición, de sabiduría y apertura, de serenidad y firmeza, valores que admiraré por siempre. Asumió la labor de difusión de sus investigaciones, las de sus colegas y, más aún, el trabajo de quienes se iniciaban en la creación literaria. Nos legó una bibliografía teórica muy relevante e insoslayable. Fue un mentor que siempre motivó y retó intelectualmente a colegas y estudiantes. Un profesor emérito que nos dejó un gran legado, un señor que me honró con su amistad. ☉

HOMENAJE >> CARLOS PACHECO (1948-2015)

Presencia de Carlos Pacheco

"Compartimos con Carlos Pacheco momentos invaluable de nuestro presente. En la oquedad de su silenciamiento, atesoramos la experiencia compartida como uno de sus dones, atesoramos su impecable obra"

VÍCTOR BRAVO

La oralidad se encuentra en el centro del pensamiento y la reflexión de Carlos Pacheco (1948-2015), junto al cálido, transparente, y de profundidades oceánicas, camino a la escritura; la doble voz: los dos pasajes, las dos dimensiones de los cimientos entrañables de toda cultura: la voz y la escritura.

Cimientos que en el amplio arco que va de Platón a Galileo y a Proust, significa con la fuerza de la paradoja la distancia entre memoria y trazo: brota el temor platónico ante la escritura; la alegría de Galileo al concebir la naturaleza, como escritura, en la posibilidad de ser leída como un libro; y por arte de la expresión estética y narrativa de la sensibilidad y del misterio de la subjetividad en la copiosa, siempre deslumbrante escritura proustiana. Y es posible observar la escritura como odres donde verter, por arte del verso, la perfección reflexiva y estética de Dios mismo dictando el libro sagrado al copista; de observar, por ejemplo a Borges, dictando a copistas, casi siempre mujeres, el poema o el cuento que de ma-



CARLOS PACHECO / ©EDNODIO QUINTERO

nera perfecta había "escrito" en su memoria; así el noble acontecimiento y ritual de la enseñanza donde sensibilidad y conocimiento brotan en rompiente entre habla y escritura. En universidades y grandes centros de enseñanza profesores, escritores, investigadores, realizan de manera ejemplar ese trayecto fundamental entre habla y escritura.

En la universidad la figura del maestro, enseñando y aprendiendo la coralidad que se desprende también de la escucha.

Quiero mencionar un maestro excepcional, Carlos Pacheco, quien en las resonantes aulas de la esplendente Universidad Simón Bolívar, y en universidades de Venezuela, América Latina, EE.UU. y Europa, dio por décadas su lección de habla y escritura. Pero de pronto, el silenciamiento del morir, en aquel instante abismal de 2015, en Bogotá.

La ferocidad del acaecer arrebató a Carlos de la fragilidad de nuestro presente.

El instante puede llevar consigo, cuando es vital, cuando es abismal, la paradoja de un sentimiento de eternidad; y, como diría Octavio Paz, hacer del presente "presencia". En la dolorosa oquedad de su silenciamiento, Carlos regresa como "presencia" en quienes recibimos su enseñanza, en quienes tenemos ante nuestros ojos el libro abierto de su obra: *La comarca oral* (1992); y el estudio sobre oralidad y escritura en *Yo el Supremo*, de Augusto Roa Bastos (2006), que acompaña la edición de la novela del paraguay que Carlos preparara para Biblioteca Ayacucho, publicada bajo el N° 123 de la colección.

(Hace algunos años tuve oportunidad de viajar a Paraguay y dictar ciclos de conferencias en Asunción y en Ciudad del Este; y tuve ocasión de vi-

sitar a Augusto Roa Bastos, ya en los meses finales de su vida. En un momento de la conversación me tomó de la mano y me dijo: "ustedes tienen en Venezuela un joven escritor que ha producido uno de los estudios más importantes sobre mi novela. Se llama Carlos Pacheco").

Yo el Supremo, como se sabe, tiene como figura central al dictador paraguayo José Gaspar Rodríguez de Francia, en una de las composiciones novelísticas más originales de América Latina, que pone de maneras sorprendente un tramado de oralidad y escritura; y la figura del poder, que se constituirá también en uno de los centros de las reflexiones de Carlos. En esta línea publicará en 1987 *Narrativa de la dictadura y crítica literaria*, y en 2001 *La patria y el parricidio*.

Carlos reflexiona en su enseñanza y en su obra sobre el complejo lienzo de la cultura, y, en él, sobre la cultura

ra y la literatura venezolanas; publica entonces libros fundamentales y prepara antologías con importantes escritores, sus contemporáneos, en fuertes lazos de amistad; presente, la amistad, como uno de los dones de su enseñanza y que lo llevó a la configuración de una voz y un pensamiento fundamentales de su generación.

Con el escritor Luis Barrera Linares, en 1993, publica un libro que se ha convertido en consulta obligada *Del cuento y sus alrededores*; con Barrera Linares y Carlos Sandoval, *Propuesta para un canon del cuento venezolano del siglo XX*; y con Antonio López y Miguel Gomes, en 2010, *La vasta brevedad. Antología del cuento venezolano del siglo XX*; (2006) con Barrera Linares y Beatriz González Stephan, *Nación y literatura. Itinerarios de la palabra escrita en la literatura venezolana*; y con Luz Marina Rivas, *No velar contra el olvido...*

Con serenidad aristotélica, con un trabajo incesante y silencio reflexivo, con su enseñanza impartida en la Universidad Simón Bolívar, en otras universidades, congresos y simposios nacionales e internacionales; con su asombrosa carrera académica: estudios de magister y doctorados en las universidades de Liverpool y el King's College; en trabajos publicados en prestigiosas revistas indexadas de universidades y centros de investigación en muchas partes del mundo; en los reconocimientos nacionales e internacionales que iluminaron su trayectoria; con el piso firme e irradiante de la amistad con sus contemporáneos y con las generaciones en formación y en escucha de su enseñanza, Carlos Pacheco nos sorprendía siempre con un nuevo estudio, con una nueva antología, con el secreto de una novela escribiendo a cuatro manos con Luz Marina Rivas.

Compartimos con Carlos Pacheco momentos invaluable de nuestro presente. En la oquedad de su silenciamiento, atesoramos la experiencia compartida como uno de sus dones, atesoramos su impecable obra.

Ateoramos su irradiante presencia. ☉

Compañero antólogo

"La vasta brevedad fue una antología escrita, no conversada ni discutida. Miguel trabajaba desde Connecticut, Carlos desde Caracas y Bogotá, y yo desde Caracas y Margarita. Nuestras valoraciones se reflejaron todas en correos electrónicos, lo que nos obligaba a profundizar nuestros criterios"

ANTONIO LÓPEZ ORTEGA

A comienzos del siglo XXI se hacía prioritario un balance de la cultura venezolana del siglo fenecido, sobre todo porque el del XIX dejaba una huella muy precaria, con un proyecto republicano que se inicia en 1830 y que termina con más guerras y dictaduras que héroes civiles y elecciones. Nuestro portentoso siglo XX, que hasta 1936 parece ser una extensión del anterior, comienza con una institucionalidad y un fervor creativo que cubre al menos seis décadas prodigiosas. Lo que la democracia y la libertad hacía viable merecía compilarse como quien se refleja en un espejo.

En el campo literario estos compendios, reediciones o recopilaciones muchas veces desembocan en antologías: entendidas estas como instru-

mentos para juntar o exhibir lo mejor, lo más perdurable. El cierre de un siglo, por lo demás, aunque haya tenido sus tropiezos, no deja de ser un cebo apetitoso en el caso del cuento venezolano, género que reconocemos entre los más logrados. Estas líneas, en todo caso, quisieran centrarse en la concepción y esfuerzo que nos llevó en 2010 a la edición de la antología *La vasta brevedad*, empresa que pude llevar a cabo gracias a la compañía de dos grandes colegas y mejores amigos: Carlos Pacheco y Miguel Gomes.

Creo recordar que los primeros atisbos los compartí con Miguel: el simple deseo de imaginar un compendio razonado, con fichas críticas, con criterios valederos, con representaciones generacionales. Más deseo que realidad porque, ante todo, teníamos que buscar recursos y

una editorial que se interesara por un volumen que terminó superando las mil páginas. En la Caracas de esos años todavía mantenían sus sedes sellos internacionales como Random House, Alfaguara o Planeta; así que fui tocando puertas hasta conversar con Mariana Manckzur, gran editora para entonces de Alfaguara, quien no esbozó mayores argumentos para ofrecernos todo el apoyo necesario. Durante cuatro años seguidos, de avances y retrocesos, Mariana nos acompañó con un entusiasmo que es difícil de olvidar.

Ya saltada esa difícil valla, nos tocaba entonces la decisión del tercer compilador, que más bien debía ser un tutor, un experto en el tema: por intereses más que comunes, ambos coincidíamos, por supuesto, en Carlos Pacheco, pero temíamos que la carga académica, las tesis que dirigía, sus propios proyectos y sus frecuentes viajes a Bogotá se lo impedirían. Creo que el primero que habló con él fue Miguel, quien me transmitió la buena noticia con alegría. Semanas después yo lo pude hacer, pero de una manera curiosa, porque él me citaba en una casa de Santa Eduvigis de la que saldría por pocos minutos para hablarme y entregarme un libro. Ese diálogo en medio del anochecer lo sigo recordando, lo recupero en sueños, lo escucho a través de la ventanilla desde la que me hablaba de pie

mientras yo lo escuchaba sentado con las manos en el volante. Estaba contento con nuestra antología, pero su espíritu estaba más allá: celebraba la amistad, la complicidad, la vida misma.

La vasta brevedad fue una antología escrita, no conversada ni discutida. Miguel trabajaba desde Connecticut, Carlos desde Caracas y Bogotá, y yo desde Caracas y Margarita. Nuestras valoraciones se reflejaron todas en correos electrónicos, lo que nos obligaba a profundizar nuestros criterios. Siempre les dije a mis colegas (y creo que estamos a tiempo) que el día en que transcribiéramos todos nuestros correos tendríamos un tratado único del cuento venezolano contemporáneo.

Uno de los momentos de dicha, cuando ya estábamos en la recta final, fue haber podido coincidir en una Bial Picón Salas. Recuerdo que le pedimos a Diómedes Cordero, nuestro anfitrión, que nos reservara un salón en el Hotel La Pedregosa de Mérida para nosotros tres: allí pudimos al fin hablar, ponderar y discutir a solas, como nunca lo habíamos podido hacer mientras nos consentían con café cortado y pastelitos. La sonrisa de Carlos, también la de Miguel, las recuerdo como un gesto imborrable: sabíamos que el instante era de plenitud, pero ignorábamos cuándo se repetiría.

Una de las novedades de esta anto-

logía, hechura propia de Carlos, fue sugerir una selección que no estuviera en función de los años de nacimiento de los autores, sino de la fecha de publicación de los relatos. Esto permitía destacar el momento de mayor brillantez de cada uno, es decir, no distinguir tanto el concepto de generación como el de individualidad. Quizás también por eso Carlos sugirió una cita de Uslar Pietri que rubrica el estudio en que los dos tomos fueron enfundados: "Acaso sean los cuentistas venezolanos los que mejor pueden reflejar, en su obra breve e intuitiva, la realidad fluida, atormentada y contradictoria de la nación. Sin ellos el rostro de Venezuela estaría incompleto y mucho de su misterio no habría empezado a expresarse. No tiene manifestación más alta la literatura venezolana, ni en ninguna otra forma se ha revelado con más poderosa y varia espontaneidad su genio propio".

En nuestro equipo también había un cruce de generaciones que en mucho nos permitió hacer ese recorrido secular, pues Carlos me llevaba diez años y yo otros diez a Miguel. Quizás por eso, por veteranía, las decisiones cruciales se las dejábamos al mayor de todos, que siempre sabía sonreír. La bonhomía de Carlos, sus dosis de sabiduría para disipar la conflictividad, no solo estuvieron presentes en esta encomienda sino en muchas otras tareas que nos reunió para fines inolvidables. Compartir con él, intercambiar palabras, coincidir en criterios, admirar la aventura humana, fue de las experiencias que más he atesorado. Su muerte temprana, que todos lamentamos, solo la podríamos justificar por todo el bien que hizo a prójimos y extraños. ☉

HOMENAJE >> CARLOS PACHECO (1948-2015)

Pasión y compromiso más allá de la vista

“En lo tocante a la amistad, son varias las escenas que al resguardo de la memoria perduran, conversaciones en las que afloran palabras de afecto, apoyo o solidaridad, ante diversas circunstancias que tocan lo familiar o el ámbito íntimo”

ARTURO GUTIÉRREZ PLAZA

Hace algo más de un lustro, un 8 de diciembre de 2008, nuestro querido y admirado profesor Carlos Pacheco Pacheco, a quien hoy le será conferida por el Consejo Directivo de la Universidad Simón Bolívar la distinción de profesor emérito, le correspondió ser el orador de orden en el acto de otorgamiento del doctorado *honoris causa*, por parte de nuestra universidad, al escritor e intelectual Mario Vargas Llosa. En aquella ocasión el profesor Pacheco configuró su discurso mediante la técnica del contrapunteo entre el testimonio personal, en el que rememoraba las singulares circunstancias de la primera ocasión en que tuvo la oportunidad de ver y escuchar a Vargas Llosa, en Manizales, Colombia, en 1971, y por otro lado, nos brindaba un conjunto de reflexiones, a la luz del presente, desde Sartenejas en ese 2008, sobre el valor de los aportes literarios e intelectuales del autor de *La ciudad y los perros*; *La guerra del fin del mundo*; y *La fiesta del chivo*, vistos desde la perspectiva del profesor, crítico y estudioso del proceso cultural, literario e histórico latinoamericano, méritos que ha cosechado Carlos a lo largo de una vida que hoy, 3 de julio de 2014, arriba a los 66 años de edad. Valga lo que sigue para festejar entonces, al menos, doblemente: por un homenaje académico y por un cumpleaños. Para ello me valdré, parcialmente, de la técnica discursiva practicada por el profesor Pacheco.

Tuve el privilegio de conocerlo a finales de la década de los ochenta, recién llegado de Gran Bretaña, donde acababa de culminar su doctorado en Literatura Hispanoamericana en el King's College de la Universidad de Londres. En aquella ocasión cursé con él uno de los más notables seminarios en los que tuve la oportunidad de participar durante mis estudios de maestría en Literatura Latinoamericana en esta casa de estudios. El motivo del curso fue el análisis de la monumental y compleja novela del escritor paraguayo Augusto Roa Bastos, *Yo el Supremo*. Con Carlos aprendí, en aquellos días, a indagar en los aspectos estructurales que hacían de esa novela una experiencia estética inacabable e inabarcable, en la que se conjugaban de un modo orgánico, multidimensional e híbrido, subtextos e intertextos de diversa índole que ponían en cuestionamiento las nociones convencionales de lo literario, la autoría, el lenguaje, la oralidad, la historia, el poder, entre otras categorías convocadas por esa obra centrífuga que, heredera del *Quijote*, hace parte del mejor legado de la novela hispanoamericana del siglo XX. Si bien, su referente histórico es la figura del excéntrico dictador para-



CARLOS PACHECO Y COMPAÑEROS SEMINARISTAS / ARCHIVO FAMILIAR

guayo del siglo XIX Gaspar Rodríguez de Francia, en dicho seminario nos ejercitamos en aprender a leer más allá de los meros datos y personajes históricos aludidos en la obra, identificando y explorando los elementos contra, intra y transhistóricos presentes en la misma, vinculados con distintas formas discursivas del poder. Sobre esta temática, la de la narrativa de la dictadura, ya el investigador literario Carlos Pacheco había elaborado un importante y seminal trabajo, durante sus años como parte del equipo de investigación del Centro de Estudios Latinoamericanos Rómulo Gallegos, actividad en la que se desempeñó al tiempo que formaba parte del Departamento de Lengua y Literatura de la Universidad Simón Bolívar, institución que desde el inicio de la década de los ochenta “se convirtió –como el mismo afirmara–, sin vacilación alguna, en” su “hogar laboral y académico”. Al libro *Narrativa de la dictadura y crítica literaria*, publicado en 1987, le sucedió otro importante, fruto de su trabajo como investigador, en este caso resultado de sus estudios doctorales, titulado *La comarca oral*, en 1992. En ese libro estudia las formas de manifestarse y las derivaciones culturales e históricas de ese aparente oxímoron encerrado en la expresión “literatura oral”, de tan honda raigambre en Latinoamérica y de tan decisiva presencia e influencia en la literatura contemporánea en nuestro continente y lengua. Años después, en 1999, como colegas y parte de un mismo equipo de trabajo, él como miembro del Consejo Directivo del CELARG y profesor de la USB y yo como director general de aquella institución, coincidimos en un congreso en la histórica ciudad de Cusco. Allí, para mi satisfacción y alegría, recuerdo el vivo interés de estudiantes de distintas partes de Latinoamérica por acercarse al autor de ese libro; hecho que puso en evidencia ante mis ojos la proyección e importancia que en el ámbito académico latinoamericano había alcanzado ya la figura y obra del profesor y colega Carlos Pacheco Pacheco. Este testimonio no hacía, en realidad, más que confirmar lo que ya se anunciaba tres lustros atrás cuando en un importante foro de estudiosos

latinoamericanistas, en un simposio sobre la obra de Augusto Roa Bastos, en Oklahoma State University, se le otorgara el premio de Crítica “Rafael Barret” a la mejor ponencia presentada en ese evento académico.

Pero a las facetas de profesor y colega, con el tiempo, se les fueron sumando otras: las del ser comprometido con una razón institucional y la del amigo. Son muchos los recuerdos que poseo, que dan cuanta de ambas dimensiones de Carlos. Fueron muchas las horas de arduas y tensas discusiones en el seno del Consejo Directivo de la Universidad Simón Bolívar, durante los difíciles momentos vividos por el país y por la universidad en los años 2002 y 2003, a raíz de los sucesos políticos de aquellos años. En todos los casos, siendo el profesor Pacheco decano de Postgrado, siempre prevaleció en su ánimo el interés por velar por los más altos intereses de la institución a la cual se debía. Sus actuaciones, en cada circunstancia se enmarcaron dentro de un espíritu de fomento del diálogo y la tolerancia, de la búsqueda de consensos, de la procura de acuerdos en aras de la preservación de los valores de excelencia, equidad y justicia que caracterizan y han caracterizado siempre a nuestra universidad. Esta actitud, que ha sido norte de toda su carrera universitaria, se ha puesto en evidencia en las diversas ocasiones en que le ha correspondido asumir funciones de dirección, tales como, ade-

más de la del Decanato de Postgrado, ya mencionada, las de decano de Estudios Generales, coordinador del postgrado de Literatura o de la Editorial Equinoccio, entre otras. No sería difícil suponer que esta acendrada vocación por la responsabilidad, el compromiso, la rectitud y la perseverancia, de acuerdo con lo dicho por él mismo en su discurso de incorporación como individuo de número a la Academia Venezolana de la Lengua, en diciembre de 2009, le vienen de muy atrás, como legado del temple familiar. “De mi padre José Rafael –nos decía en aquella ocasión–, abogado y honesto, entre muchas otras cosas, aprendí a apreciar la calidad en todo y a disfrutar intensamente la satisfacción del deber cumplido. De mi abuela, María Segovia de Pacheco, “Mamaía”, a no temerle al trabajo. Y también, que cuando se le cierran a uno todas las puertas siempre puede colarse por la ventana o encaramarse por la tapia”.

En lo tocante a la amistad, son varias las escenas que al resguardo de la memoria perduran, conversaciones en las que afloran palabras de afecto, apoyo o solidaridad, ante diversas circunstancias que tocan lo familiar o el ámbito íntimo. Un cielo entre violeta y rojizo aún persevera en mis recuerdos de una larga jornada en Tucumán, en la que en un autobús compartimos confidencias en el trayecto entre esa ciudad y las ruinas precolombinas de los Quilmes, en el Valle de Calchacuí, Argentina. Así también, perviven recuerdos de muchas ocasiones con amigos, en las que a la seriedad característica de Carlos se sumaba el gesto fraternal y la mirada cómplice.

Pero al hacer este recorrido por algunos hitos de la vida y de la personalidad del profesor, colega y amigo Carlos Pacheco, resulta imposible dejar de mencionar otros dos aspectos vinculados con su noción de compromiso, en este caso en un estadio más íntimo y hondo. Me refiero a su temprana y continua vocación por la búsqueda de asideros espirituales que le den fundamento a su noción de lo sagrado y lo religioso, así como al cultivo de una conciencia ética que le sirva de guía en todos los órdenes de sus faenas tanto individuales como colectivas.

El mismo Carlos, en otra parte nos ha contado que una mañana de septiembre de 1953, su madre lo llevó a las puertas de Villa Loyola, el protegido recinto del Colegio San Ignacio de Chacao y lo confió al hermano jesuita Francisco Javier Bonet. En esa institución cursó todos sus estudios desde el preescolar hasta el bachillerato, y fue allí donde cultivó buena parte de las mejores amistades que lo han acompañado a lo largo de su vida. Siguiendo el impulso de su disciplina intelectual y en apego a su fe de aquellos tiempos, en 1968 inicia sus estudios, en la Facultad de Filosofía de la Universidad Católica Andrés Bello, como estudiante jesuita con votos perpetuos de pobreza, castidad y obediencia.

Evidentemente, estas cosas han cambiado. Hoy cuenta con tres hijos y dos matrimonios, sin embargo, en realidad, a lo que quiero referirme es a un episodio ocurrido en 1970 que nos ilustra con claridad cómo, lejos del apego a una ortodoxia impositiva, reguladora de verdades, dogmas y creencias, lo que siempre ha prevalecido en Carlos es una insobornable lealtad a la conciencia crítica y ética como fundamento de su actuación en la vida. El caso es que en 1970 el futuro profesor emérito de la Universidad Simón Bolívar, Dr. Carlos Pacheco Pacheco, fue expulsado de la UCAB, por razones básicamente políticas, al organizar desde el Centro de Estudiantes, eventos considerados extremistas para la época, como un multitudinario y candente cine-foro sobre el documental *La hora de los hornos*, de Fernando Solanas, o una conferencia de Pedro Duno sobre el pensamiento filosófico de Lenin, en

el centenario de su nacimiento, la cual trató de ser boicoteada por estudiantes que se oponían a este tipo de actividades. Después de un par de semanas en las que sus compañeros se negaron a entrar a clase hasta que se permitiera su vuelta a las aulas, el estudiante rebelde terminó en el exilio, “destinado” por sus superiores a continuar estudios en la Universidad Pontificia Javeriana en Bogotá. En esta institución obtuvo dos años después, con el mayor de los éxitos, su licenciatura en Filosofía y Letras, con especialización en Literatura.

Esta anécdota, me parece, nos da cuenta de una forma de ser y de actuar según la cual su fidelidad a la búsqueda de la verdad, la justicia o la equidad está determinada, únicamente, por los dictados de la propia conciencia y es resultado de la observación y el análisis de la realidad en su múltiple y diversa complejidad. Modo de acción, sin duda, vinculado estrechamente con el de un quehacer académico, siempre vigilante de resguardar la libertad de pensamiento, el diálogo enriquecedor, la pluralidad y la tolerancia, como garantías de convivencia. Esto, tal vez, fue lo que quiso decirnos Carlos en sus palabras sobre Mario Vargas Llosa, quien en aquella ocasión, en Manizales, en 1971, fue víctima de la intolerancia de estudiantes radicales que lo tildaban de “lacayo del imperialismo yanqui”, pocos meses después de haber suscrito, junto con 61 intelectuales entre los que se encontraban Jean-Paul Sartre, Simon de Beauvoir, Margarite Duras, Susan Sontag, Carlos Fuentes, Juan Rulfo y Adriano González León, una carta en la que rechazaban el acoso y arresto al poeta Heberto Padilla por la publicación de su libro de poemas *Fuera de juego*, en el que habían versos que no resultaban complacientes con las prédicas del régimen cubano. Lo curioso y tal vez más significativo es que solo cuatro años antes Vargas Llosa se había convertido en el primer novelista galardonado con el Premio Internacional de Novela Rómulo Gallegos, a pocos días de ocurrido el terremoto de Caracas y de manos del propio autor de *Doña Bárbara*, declarando en su discurso de aceptación del premio, y ante los ojos precavidos pero respetuosos del gobierno democrático venezolano que otorgaba la distinción, que: “dentro de diez, veinte o cincuenta años, habrá llegado a todos nuestros países como ahora a Cuba, la hora de la justicia social y América Latina entera se habrá emancipado del imperio que la saquea, de las castas que la explotan, de las fuerzas que hoy la ofenden y reprimen”. Tales ejemplos, el de Vargas Llosa y el del Prof. Pacheco, son muestras, me parece, de la actuación de una conciencia vigilante, crítica y no simplemente leal, consecuente con la función de pensar más allá del cómodo apego a dogmas que convenientemente disfrazan y escamotean el verdadero compromiso reflexivo del quehacer intelectual ante el devenir histórico y la realidad.

Para concluir, más que extenderme en el recuento de obras y actividades institucionales y académicas de Carlos, razón principalísima por la que hoy se le confiere este honor, quisiera aprovechar el espacio de que dispongo para remontarme a los orígenes de Carlos y echar mano de una anécdota ocurrida hace seis años.

Como apuntamos al comienzo de estas líneas Carlos Pacheco Pacheco nació un 3 de julio de 1948, hace 66 años. Lo que no dijimos es que vino a ver el mundo en Caracas, siendo eminente heredero de una estirpe andina de abuelos maternos y paternos, oriundos de Boconó y madre de Santa Ana, ambas poblaciones trujillanas. Esto nos da la idea de lo que las montañas han significado en su existencia, dicho además desde acá, desde el valle de Sartenejas, rodeados del verdor de una flora montañosa privilegiada.

(Continúa en la página 6)



HOMENAJE >> CARLOS PACHECO (1948-2015)

Tocayo

CARLOS SANDOVAL

Sería a fines de los noventa: coincidimos en un congreso de los que, con la precisión del solsticio, se organizaban en alguna universidad venezolana para discutir sobre la literatura del país. Recuerdo que intercambiamos datos y quizá, si ya disponíamos de esos avances, direcciones de correos electrónicos; también, que desde ese momento él comenzó a llamarme “tocayo”. En adelante, nuestras faenas de investigación nos acercarían hasta el punto de cristalizar trabajos en conjunto y de estrechar cada vez más la amistad.

Cuando organizábamos el volumen *Propuesta para un canon del cuento venezolano del siglo XX* –tarea en la que participó, asimismo, otro entrañable amigo y colega: Luis Barrera Linares– solíamos reunirnos los viernes por la tarde. Aquellas sesiones devenían charlas magistrales de Carlos sobre las funciones de la crítica y de los problemas asociados con la construcción del canon. Entrada la noche abandonábamos las oficinas, desiertas desde hacía horas, del Instituto de Investigaciones Literarias de la Universidad Central de Venezuela, saturados de café y con la satisfacción de haber asistido a una sabia y apasionada cátedra. Desde lejos llegaban retazos de música y cerca, la vocinglería del estadio de beisbol; Pacheco encendía su carro y antes de partir como bolido nos soltaba: “¡A gozar, muchachos!”.

Hubo muchas visitas a su apartamento para cocer entrevistas o foros. Hubo cientos de conversaciones que desbordaron lo académico y entraron en terrenos donde su dimensión humana ablandaba cualquier rigidez profesoral: su constancia en aprovisionarse de las enseñanzas de Gurdjieff como mecanismo para entenderse y para comprender, si ello era posible, el sentido de la vida; el modo como encaraba su amorosa paternidad o el trato que dispensó a su suegra los días en que las tinieblas del Alzheimer la fueron minando.

Como cualquiera, por supuesto, Carlos era susceptible de entrar en cólera; sobre todo al tratarse de un asunto que, sin duda, resultaba injusto o absurdo: que no le aceptaran pagar un desayuno con tarjeta porque el monto era muy bajo o que, a último momento, un colega no asistiera a la defensa de una tesis aduciendo razones fútiles. Pero volvía con rapidez a su sosegado modo de andar por el mundo, solidario y comprensivo.

La mañana siguiente de su partida alguien puso en las redes que lamentaba el fallecimiento de Carlos Sandoval. No corregí el equívoco. Pasó muchas veces: nos confundían porque en parte aramos el mismo campo: el análisis de la literatura venezolana y teníamos (tenemos) similar nombre de pila. Ese dislate continuará honrándome, al igual que nunca disminuirá la melancolía que causa su ausencia.



CARLOS PACHECO CON EL EQUIPO DE LA REVISTA EQUINOCCIO

Papiros para Carlos

GINA SARACENI

Recordar a Carlos Pacheco desde “la tierra desolada” de los tiempos actuales, significa reconocer cuánto su persona está asociada, para mí que fui su alumna, colega, amiga, con la promesa y la posibilidad. Cuando uno hablaba con él, de pronto, se abría una ventana y uno empezaba a vislumbrar una materia luminosa e informe que prometía revelarse y materializarse en algo que todavía no se podía predecir pero que empezaba a surgir en ese momento. Después de una conversación con Carlos, ideas, proyectos, sueños se convertían en caminos posibles de recorrer en los que él te inducía a creer para poderlos comprender y llevar a cabo. Su formación académica, su perspectiva crítica, su experiencia docente, su experticia como investigador de la literatura y cultura latinoamericanas, su capacidad gerencial y de coordinación de proyectos, su sensibilidad y apertura

hacia el otro, su práctica del método Gurdjieff como ejercicio de observación y conciencia de sí, entre otras muchas otras características de Carlos, me hacen entender hoy, mientras escribo estas líneas, la suerte que tuve de conocerlo y de contar con su amistad y sus enseñanzas.

De las muchas experiencias que compartimos a lo largo de la vida, hay una que recuerdo con particular afecto y gratitud. Cuando Carlos fue director de la Editorial Equinoccio de la Universidad Simón Bolívar creó en el 2004 la colección literaria “Papiros” con el propósito de visibilizar autores venezolanos conocidos y emergentes en los géneros: narrativa, ensayo y poesía. Cuál fue mi sorpresa cuando un día me convocó a una reunión para invitarme a participar en ese proyecto editorial y me pidió que coordinara la serie Poesía. Gracias al trabajo conjunto y a su entusiasmo y confianza en esta nueva aventura, la estante-

ría de poesía fue creciendo cada año expandiendo y difundiendo las voces venezolanas. Emprendimos también la labor de publicar obras reunidas de autores venezolanos reconocidos como la de Jacqueline Goldberg y creamos la “Bienal de Poesía Eugenio Montejo” que visibilizó a poetas que estaban empezando a surgir como Adalber Salas y Néstor Mendoza y consolidó a otros ya reconocidos como Luis Moreno Villamediana.

Rememorar ese tiempo es reconocer el peso crítico y editorial de Carlos en la cultura venezolana cuya labor le dio a muchos –incluyéndome– la oportunidad de tener un espacio de publicación para difundir su ejercicio intelectual y literario.

Con Carlos la poesía se volvió un bosque de papiros que crecieron dentro de la Universidad Simón Bolívar y que, a pesar de la arruinada realidad del presente, siguen cantando su verde terredad.

Maestro inolvidable

FLORENCE MONTERO NOUEL

Conocí a Carlos Pacheco cuando era coordinador de la maestría en Literatura Latinoamericana Contemporánea de la Universidad Simón Bolívar. Ofrecía un curso sobre narrativa de la dictadura. Me inscribí y cuando asistí a la primera clase me encontré con un profesor disciplinado, que desde ese momento nos proporcionó, con gran generosidad, materiales de estudio, bibliografía y, sobre todo, la confianza para atrevernos a plantearle nuestras dudas. Sus clases eran la demostración de su dedicación al estudio, de su interés por construir nuevas perspectivas críticas.

Admiré a Carlos Pacheco por muchas cosas. Me gustaría destacar algunas: su respeto por el otro, su profunda calidad humana, su nobleza y honestidad; su calidez afectiva, que siempre revelaba la presencia de un amigo, de un hombre leal dispuesto a ofrecerte el apoyo necesario para confiar en tus propias capacidades; su inteligencia para realizar análisis rigurosos, organizados de manera impecable, en los que alcanzaba el equilibrio entre el sustento teórico y la posibilidad de argumentar con libertad la defensa de sus ideas. Porque la sosegada disposición a escuchar, la natural inclinación a la tolerancia, el pausado manejo de la conversación, nunca fueron señales de debilidad, sino del claro convencimiento de sus posturas ideológicas, de sus creencias y sus búsquedas.

Para mí, Carlos era, además, el ami-

go cercano, el que nos invitaba a celebrar el afecto que compartíamos con un inolvidable grupo de “la Simón”, en su casa acogedora, escondida entre los secretos caminos de Los Teques, donde tantas veces nos reunimos para conversar, discutir, disfrutar la buena mesa y brindar por nuestra amistad. A veces, se unía a nosotros, “la cuerda de los Parranderos”, para quedarnos en las tascas de Sabana Grande, en aquellas largas tertulias en las que se integraba la ficción con nuestras vidas.

Su conocimiento de la narrativa latinoamericana era amplio y estimulante. En su curso sobre la escritura de José María Arguedas, yo no encontraba la manera de salir del universo de *Los ríos profundos*. Escribí casi cuarenta páginas y el dolor por las fracturas culturales me impedía separarme de Ernesto, el protagonista que se mantiene entre el presente y la tradición precolombina, en una oscilación angustiada y desgarradora. (Aún conservo el trabajo y tus notas a lápiz, maestro, aún recuerdo tus observaciones).

Con la partida de Carlos Pacheco perdimos a un intelectual imposible de olvidar para quienes lo conocimos. Su capacidad de trabajo, su eficiencia como editor, su pasión por las Letras, su aguda sensibilidad crítica, fueron en él cualidades indiscutibles. Su trabajo es un legado importante para la vida literaria del país.

Gracias, querido maestro. Y como ocurrió por más de treinta años desde que nos conocimos, cada 3 de julio sigo celebrándote.

LOURDES C. SIFONTES GRECO

Nunca imaginé que aquel encuentro casual sería el último abrazo, que esa conversación sería la última de este afecto nacido en las aulas de la maestría en Literatura Latinoamericana. Me hablaste de los ires y venires Bogotá-Caracas, de la búsqueda de espacios y de estabilidad que el país hacía (hace, todavía) difícil; de lo que significaba estar aquí y allá para ti, para Luz Marina; de las nostalgias, los reencuentros, la familia, la(s) casa(s).

¡Aquel curso sobre Cortázar! Cuánta desenvoltura, cuánta calidez para generar complicidad lectora; cuánta generosidad (siempre) para sugerir y

prestar libros. Yo te leía, te escuchaba. Lo primero sigue siendo posible; lo segundo queda en el privilegio de cerrar los ojos y repasar, en los recordos de la memoria, el trazado entre emociones de lo que fue tu paso de *profesor a Carlos* en mi vida.

Revivo los festejos, tu alegría compartida de llegar a profesor emérito. Sonrisas, orgullo, seres queridos, videos... Décadas de entrega. Académico, amigo, maestro, tu palabra y tus saberes tejían el augurio de muchos años por venir. Te cuidabas, trabajabas, escribías. Evocar una lejana y antigua visita en la clínica era un bache, un “ya eso pasó” que de pronto, en el momento menos pensado, puso en escena una emboscada.

Diste tanto... Tenías tanto para dar... Quedan tu abordajes visionarios, desde las “instantáneas” del cuento hasta esa pasión por la novela histórica como polifonía de oralidad y cultura, revelación alterna de los devenires de nuestro continente, riqueza de subjetividades intrahistóricas y símbolos, de intertextos y metaficciones... Queda, entre remembranzas, melancolías, dones y querencias, tu certera mirada sobre ese inventario narrativo que cuestiona, reescribe y reinventa la pregunta infinita sobre lo que somos.

Te llevaste y nos dejaste la comarca y los sueños.

Y aquí estás, Carlos. Aquí sigue tu abrazo de aquel día.

Pasión y compromiso más allá de la vista

(Viene de la página 5)

Tal vez ese carácter apolíneo, adusto y reservado, de natural sobriedad, le venga de una vocación contemplativa que siempre imagina lo que hay detrás de las montañas, un espíritu que se plantea retos intentando ver lo posible, hasta con cierta terquedad, al otro lado, rasgos andinos que se acentúan desde su condición de caraqueño, es decir como caribeño que busca siem-

pre el norte en la montaña del frente, al amparo de un clima primaveral, sabiendo que las olas del mar no cesan en su rumor al otro lado. La anécdota a la que me quiero referir para culminar estas notas en celebración del muy merecido reconocimiento que hoy se le hace al profesor Carlos Pacheco, en su sexagésimo sexto cumpleaños, se remonta al valle de Ohio, entre enero y marzo del 2008. Allí conviví con él durante esos meses. Carlos como in-

vitado de la Fundación Taft de la Universidad de Cincinnati para dictar un seminario de narrativa hispanoamericana, yo en la fase final de mis estudios doctorales, con una beca para culminar la redacción de mi tesis. El profesor Armando Romero, quien gestionó la invitación de Carlos, me contó en una ocasión que cada vez que hablaba con él por teléfono este le decía desde su habitación, en la residencia donde vivíamos, que estaba mirando por la

ventana la colina de enfrente que cada día amanecía distinta, con más o menos nieve. Fue tal la recurrencia con que Carlos le refería esto al profesor Romero y este a su vez a su familia, que un día el hijo de Armando decidió, naturalmente, bautizar la susodicha colina con el nombre de “Pacheco Hill”, toponimia con la cual hoy en día se le conoce no solo entre los familiares y amigos del profesor Romero, sino incluso entre los estudiantes y profesores del Departamento de Lenguas Romances y Literatura de esa universidad. Y es que tal vez sea allí, en ese deseo de ver hacia las montañas, a ve-

ces reales y magníficas, a veces pequeñas o imaginarias, independiente de la latitud que temporalmente se habite, donde Carlos encuentre el impulso permanente por afrontar nuevos retos, por alcanzar nuevas realizaciones, por vislumbrar otras posibilidades, siempre más allá, siempre con perseverancia, pasión y compromiso. Tal vez, en lo esencial, eso es lo que celebramos y reconocemos en la trayectoria vital y académica del profesor, investigador y amigo Carlos Pacheco. Tal vez por eso hoy estamos aquí.

*Texto escrito en julio de 2014.

HOMENAJE >> CARLOS PACHECO (1948-2015)

Amigo/tutor/mentor

CRISTO RAFAEL FIGUEROA SÁNCHEZ

No puedo olvidar que Carlos Pacheco me enseñó a creer en mí, me hizo sentir que era un joven inteligente, sensible y con potencial intelectual y crítico. Me acompañó y evaluó mis desempeños con el ánimo de que alcanzara mayores niveles de profundización y de rigor analítico-crítico.

Nos conocimos en 1972 cuando yo cursaba el cuarto semestre de la carrera de Filosofía y Letras en la Universidad Javeriana de Bogotá, momento en que empezaban los énfasis en Filosofía, en Historia o en Literatura; Carlos se sumó al pequeño grupo que adelantaría la denominada especialización en Literatura, pues ya había cursado el filosofado y era evidente la solidez de su formación, la cual en los demás compañeros y en mí era incipiente. Desde los primeros encuentros se evidenció su generosidad humana e intelectual que resonó especialmente en mí, entre otras cosas, porque nos unía una fascinación por las oralidades, las suyas provenientes de Trujillo en Venezuela y las mías provenientes de las sabanas de los departamentos colombianos de Córdoba y Sucre, donde yo nací. Si bien Carlos era cinco años mayor, se integró al grupo y yo, atraído por su carisma y por su formación avanzada, lo seguí de cerca e iniciamos una amistad, desde cuyos pliegues Carlos me enseñó asuntos fundamentales en mi vida académica y me volvió su amigo discípulo. Nos separamos una vez finalizada la carrera, pero nunca dejamos de comunicarnos y estuve pendiente de su maestría y de su doctorado en Literatura Latinoamericana en Inglaterra, tanto que yo decidí hacer mis posgrados e inicié entonces una carrera docente, investigativa y crítica

con la literatura, siguiendo los avances en teoría, historia y crítica literarias que me compartía, y especialmente aplicando casi al pie de la letra los aprendizajes fundamentales que obtuve durante cinco inolvidables semestres, experiencias que fueron ensanchando mi horizonte y sin duda tienen su origen en los conocimientos adquiridos a su lado, los cuales constituyen la herencia que recibí de Carlos Pacheco: la construcción de archivos críticos de índole literaria, filosófica, cultural; elaboración de sistemas temáticos, narrativos, metafóricos y simbólicos como manera de conocer procesos literarios que se generan diferenciados o no en distintas latitudes; necesidad de poner a prueba y confrontar teorías literarias para acrecentarlas y transformarlas en pensamiento crítico; importancia de las historias literarias para comprender imaginarios locales, regionales y nacionales; el valor de las memorias individuales y colectivas en la conformación de genealogías y herencias literarias; el ejercicio comparatista entre literaturas de diferente origen como forma privilegiada de establecer zonas de contacto, interculturalidades y parentescos entre imaginarios aparentemente alejados; obligación de examinar intuiciones interpretativas como punto de partida del análisis y de los estudios críticos; profundización de conexiones, vínculos y puentes entre filosofía y literatura; apropiación de categorías estéticas dentro de contextos históricos específicos; necesidad de crear plataformas teórico-críticas para abordar determinadas problemáticas y corpus literarios privilegiando las especificidades de los lugares de enunciación de los mismos.

No puedo ahora profundizar la reconocida trayectoria intelectual, inves-



CARLOS PACHECO Y SU NIETO SAMUEL / ARCHIVO FAMILIAR

tigativa, crítica, docente, editorial, de gestión cultural de nuestro humanista consumado que creó redes intelectuales con entidades, colegas y discípulos, estoy seguro que varios colegas y amigos ya lo han hecho. De lejos y de cerca lo seguí y traté de aproximarme a tópicos de su interés ampliamente reconocidos y valorados por la academia nacional e internacional: las relaciones entre escritura y poderes; las narrativas de dictadores latinoamericanos, la ficcionalización de comarcas orales, los vínculos entre novela e historia; los parricidios de diversa índole dentro de la cultura y la literatura venezolana, las teorizaciones sobre cuento y formas narrativas, los trabajos de historia literaria venezolana de la segunda mitad del siglo XX, todo ello de-

sarrollado en libros, capítulos, ensayos y artículos, divulgados en simposios, pasantías, relaciones interuniversitarias, programas editoriales, formaciones doctorales..., profesor emérito de la Universidad Simón Bolívar de Venezuela, investigador honorario de la Universidad de Londres, miembro de número de la Academia Venezolana de la Lengua... Entonces, es mi deber como un heredero de buena parte de este legado, seguir cuidando y potenciando lo recibido como un intérprete que no fija lo heredado en formas estáticas, sino que le confiere nuevas direcciones, le encuentra nuevos parientes y mantiene dicho legado en estado de continua transformación.

Muchas gracias siempre, querido amigo, tutor y mentor.

Carlos Pacheco Pacheco

ARLÁN NARVÁEZ

Cuando hablo de amistad hablo de su encarnación en Carlos Pacheco Pacheco. Aunque no creo en brujas, pero de que vuelan ¡vuelan!, nuestra identidad comienza porque ambos somos del signo Cáncer y Ratas en el zodiaco chino... sin embargo Carlos, mayor que yo por 9 días, era todo lo contrario a mí, él era disciplinado, metódico, constante, reflexivo, comedido y capaz de llevarse bien con la mayor parte de la gente; mucha gente se preguntaba cómo dos personas tan diferentes podían llevarse tan bien, pero la respuesta es muy simple y obvia, ambos coincidíamos en nuestros ideales por contribuir a hacer al mundo mejor, coincidíamos plenamente en que nos guiaba el amor, el amor a la vida, al prójimo, a la humanidad y, por supuesto, al sexo opuesto.

En bachillerato empezamos a compartir dos aspectos muy importantes en nuestras vidas, primeramente el amor de adolescentes, condimentado por las fiestas a las que asistíamos juntos con las chicas que nos gustaban, para bailar con la música de Billo, de Los Melódicos o de Los Beatles y el rock, en general... me atrevería a decir que el tema que más nos identificaba era "Vieja Luna", interpretado por Felipe Pirela (definitivamente: cancerianos perdidos). Nuestra entrañable amistad llegó en esta línea hasta el extremo de llegar una vez a intercambiar parejas para corregir un error inicial de los cuatro.

El otro aspecto que compartimos intensamente fue el descubrimiento y compromiso con las causas sociales de nuestra sociedad, cuando me invitó a hacer el cursillo de capacitación social que el padre Manuel Aguirre SJ. desarrollaba en "Fragua", en Los Chorrores. Desde allí iniciamos nuestro andar por la vida comprometidos con el amor al prójimo y la construcción de un mundo mejor. En Carlos ese amor influyó para su decisión de ingresar como novicio en la Compa-

ñía de Jesús o jesuitas, opción que no seguí por ser indisciplinado y terrenal.

Otra pequeña separación, anterior al noviciado, fue su decisión de terminar el bachillerato en humanidades, que después le llevó a estudiar Filosofía y Letras en la UCAB y en la Universidad Javeriana de Bogotá y, luego, terminar una maestría en Estudios Latinoamericanos y un doctorado en Literatura Hispanoamericana, en el King's College de Londres.

Se me ocurre advertir que en los tres últimos años de bachillerato compartimos la pasión por la lectura y el deleite de buenos libros, que nos intercambiábamos y comentábamos frecuentemente, y pienso que a él le llevó por la senda de su especialización, devoción y disciplina literaria.

Otra nota curiosa fue que empezamos juntos a aprender a tocar guitarra pero su disciplina le mantuvo en ese aprendizaje, mientras que mi "retro manual" me hizo depender de sus habilidades con las cuerdas para acompañar mi afición a declamar poesías, tanto que, en los actos públicos del colegio, siempre nos incluían en los programas.

Poco antes de sus estudios en Londres, ya habiendo renunciado al noviciado, tuvo un curioso empleo para su marcada inclinación y devoción literaria, trabajó en una agencia de publicidad y pegó varias pautas publicitarias exitosas, en lo que le apoyé inventando personajes con nombres divertidos para sus ideas serias, como el futbolista Joao Golazo o la bailarina Mirtú Tufuá.

Mi escrito no quiere ser una relación aburrida de sus muchísimos cargos y logros públicos, sino tratar de recordar a la persona, a la bellísima persona, canceriano pleno de amor puro y sincero por la humanidad y, para mí, encarnación de uno de los más hermosos sentimientos que pueden existir; ¡La amistad! Carlos, te extraño.

Fino ojo editor

EVELYN CASTRO

En 2005 Carlos Pacheco me invitó a trabajar en Equinoccio. Recién se iniciaba como director de la editorial de la Universidad Simón Bolívar, fundada en 1973, luego de culminar allí mismo su dilatada carrera académica. En corto tiempo logró apuntalar a Equinoccio en el medio editorial universitario venezolano a través de la publicación de cientos de volúmenes de primera línea en el área de la docencia, la investigación científica y estudios humanísticos. De igual forma, su gestión se tradujo en un invaluable aporte al campo literario nacional. El camino a transitar -difícil-, encontró en Pacheco a un gerente capaz de transformar un no en un sí mediante la fructífera búsqueda de coediciones, patrocinios, apoyos financieros y alianzas interinstitucionales. La certera visión editorial, firmeza y, por qué no decirlo, su terquedad, en el buen sentido, quedaron materializadas en esas distinguidas publicaciones que hoy son patrimonio de la USB y de Venezuela.

En su rol de director de Equinoccio, Pacheco lideró un sólido equipo de producción, un atinado consejo editorial y obtuvo el apoyo profesional de colegas y colaboradores. Ahora bien, su mayor esfuerzo y dedicación durante el lustro 2005-2010 lo consagró con éxito al resurgimiento de Papiros, la colección literaria de Equinoccio. Como hombre de letras, académico, investigador y crítico literario, desplegó todo su bagaje y fino ojo editor en esa colección surgida en los años noventa, que resultaría, bajo su dirección, en la publicación de aproximadamente sesenta títulos de obras literarias en formato impreso. Con las series de narrativa, poesía, ensayo, y la serie Recorridos (conformada por compilaciones, obra reunida, completa o antologías en cualquier género),



CARLOS PACHECO / ARCHIVO FAMILIAR

este conjunto se proyectaría pronto como un acreditado espacio para promover y difundir la escritura creativa de autores venezolanos reconocidos o emergentes de comprobado talento.

En paralelo a las publicaciones, promovió los concursos literarios "Premio Equinoccio de Poesía Eugenio Montejo" y "Premio Equinoccio de Narrativa Oswaldo Trejo", de gran acogida en las dos ediciones de cada uno. Además, impulsó la distribución en el país del fondo editorial, la presencia en ferias de libros nacionales y foráneas, organizó eventos, presentaciones y profusas comunicaciones periodísticas y promocionales en diversidad de medios.

Por mi parte, concluí labores en Equinoccio en 2022 con el honor de dejar publicados los tres volúmenes de textos críticos de Carlos Pacheco agrupados en la "Serie Ojo crítico", de su afecta Colección Papiros en la serie Recorridos.

A Carlos con agradecimiento.

Querido Carlos:

GRUPO DIÁSPORA*

Esperamos que estés bien en alguna parte del firmamento y que, desde allí, nos escuches decir, al unísono y desde lo hondo, que te extrañamos.

Sabíamos de ti en el otro mundo en que también vivías: profesor graduado de prestigiosas universidades extranjeras, académico, individuo de número de la Academia Venezolana de la Lengua, novicio jesuita y un largo etcétera que dejaremos para que otros canten tus logros en ese ámbito.

Nosotros te hablamos como el Carlos que teníamos a nuestro lado en las actividades de los grupos Gurdjieff en Venezuela. Todos coincidimos en ver a un ser entero, sólido, con el que se podía contar, que nunca se negó a ayudar, a colaborar y a meterle el hombro a las actividades más dispares y que, además, lo hacía sin emitir juicios en contra de nada ni de nadie y con un fino sentido del humor que se traducía en una sonrisa que venía de lo más profundo. Y de verdad, eso no es nada común.

¿Compartir la responsabilidad de cocinar por varios días y, además, con leña y para cien personas? Ahí estás, Carlos, cual camarada y cómplice, ayudando a que haya armonía.

¿Compartir responsabilidades frente a grupos de trabajo? Siempre que estabas tú, nadie se sentía menospreciado o criticado, pues lo de "somos iguales y trabajamos juntos" no era un decir solamente. Era un verdadero camino.

¿Compartir la traducción de textos de la enseñanza durante años? Era el equipo de tres en el que tú mediabas para ser la fuerza neutralizante entre los excesos de los otros dos. Y tus saberes de la lengua, sin duda superiores, jamás fueron empleados para aplastarnos o alzarte en un pedestal.

¿Ser el preparador de la primera comunión de nuestros hijos? Únicamente a ti te confiamos esa labor, porque solo tú podías hacerlo sin fanatismos ni tratando a los niños como débiles mentales, solo capaces de memorizar dogmas sin saber por qué.

¿Cantar con voz celestial? Pues, nunca olvidamos tu voz de tenor sin igual, ni escuchamos sin pensar en ti, el canon *Dona Nobis Pacem* que enseñaste a los comulgantes y sus padres.

De ti recibimos y compartimos la apertura a responder completa y profundamente a un llamado, complejidades estáticas, silencios necesarios, ayudas sin pedirlos y esa magia de seres que, con solo mirarse, nos comprendemos y los mensajes no necesitan palabras, porque son de una vida en común.

Repetimos, ¡cómo te extrañamos!

Entre las lágrimas que también compartimos fueron las del éxodo, la diáspora venezolana, la partida de todos a otras tierras, el estupor y la incredulidad ante el derrumbe de nuestras vidas como las conocíamos. Y, otra vez, saliste a tendernos una mano, al apoyar sin juicios a quien decidió irse muy al comienzo y en pensar y poner en práctica una manera de seguir conectados en la distancia, con las reuniones que fueron un bálsamo a nuestro sufrimiento y que hoy, años después, continuamos y te agradecemos.

Y para terminar en tu mejor estilo, ese sentido del humor fino que te caracterizaba, le dijiste a la persona, muy seriamente, que le ibas a recitar un poema:

*El cielo está estrellado,
El césped está florido,
En el árbol, el fruto maduro,
Y, abajo, ¡ese pepeero!*

Que la paz sea contigo, querido y recordado Carlos.

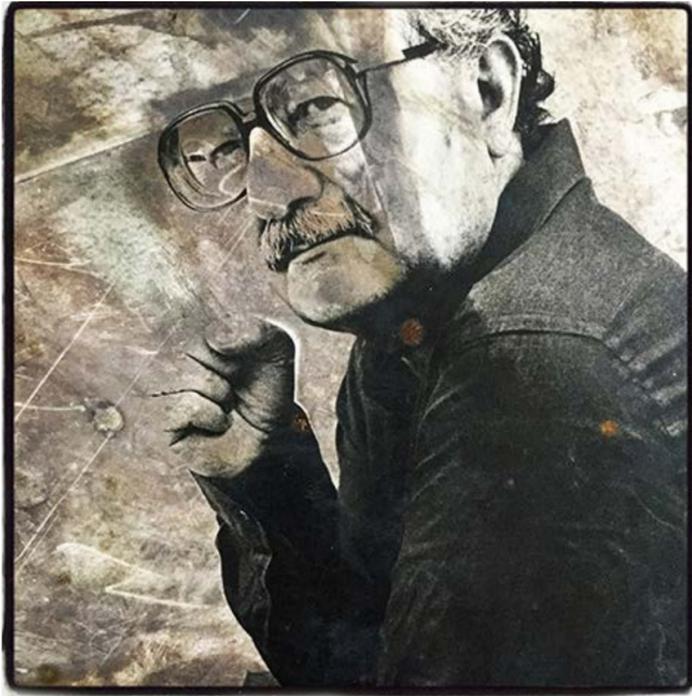
*Amale, Gilbert, Isabel, José Manuel, Parisina, también bautizados por el propio Carlos como el Grupo Diáspora.

CRÓNICA >> MEMORIAS DE UN DIPLOMÁTICO

Para lectura exclusiva del destinatario

"No habían pasado ni dos meses de mi designación y, por primera vez y para sorpresa de algunos veteranos, fui convocado al despacho del canciller en la Casa Amarilla. Era Simón Alberto Consalvi, el ministro de turno"

OSCAR HERNÁNDEZ
BERNALETTE



SIMÓN ALBERTO CONSALVI / ©VASCO SZINETAR

I Era 1978, año electoral en Venezuela, ganó Luis Herrera Campins. Recién egresaba de la Universidad Central de Venezuela y me iniciaba un primero de febrero de ese mismo año como pichón de diplomático en la Cancillería venezolana. Me correspondió mi primer trabajo en una estupenda casa frente a la plaza Bolívar que la bautizaron como la Casa Amarilla, antigua cárcel y palacio de gobierno.

Me corresponde iniciarme como neófito a pesar de mis cinco años como universitario. Como mi primer jefe tenía a un diminuto embajador que, a su vez, era un gran diplomático. Se llamaba François Moanack. Era importante en la diplomacia venezolana de aquellos tiempos: suerte la mía que me correspondió trabajar en el despacho del personaje. Su experiencia y su mal carácter también fue suficiente pa-

ra entender que los temas de la política internacional eran importantes en el fondo y las formas. En la Cancillería venezolana tuve buenos maestros, entre ellos al embajador Moanack, quien había representado a Venezuela en varios países y después se convirtió en el "Zar" del Caribe.

II No habían pasado ni dos meses de mi designación y, por primera vez y para sorpresa de algunos veteranos, fui convocado al despacho del canciller en la Casa Amarilla. Era Simón Alberto Consalvi, el ministro de turno. Otro personaje, ácido, de pocas palabras, un

tabaco en la boca, sin duda me intimidaba. Rodeado de cuadros y veteranos diplomáticos. "¡Aja, con que usted es el candidato!", me proyectó con tono suave pero profundo. Ocasión excepcional estar frente a una figura que ya era parte de la historia del país, tomando en cuenta que apenas daba mis primeros pasos en el servicio exterior. Se me indica que había sido designado para una misión especial. No fueron pocos los latidos del corazón. Sería correo diplomático para entregar una misiva del presidente Carlos Andrés Pérez a varios primeros ministros del Caribe. Confieso que para el momento no tenía claridad de lo que significaba ser

correo diplomático. Creo que la única referencia concreta que conocía, además de alguna mención en alguno de los cursos de formación académica, estaba específicamente en la Convención de Viena, que refiere que el "correo diplomático que debe llevar consigo un documento oficial en el que conste su condición de tal y el número de bultos que constituyen la valija, estará protegido en el desempeño de sus funciones por el Estado receptor. Gozará de inviolabilidad personal y no podrá ser objeto de ninguna forma de detención o arresto", pero más que esa normativa señalada en esa importante convención, estaban presentes los recuerdos de una excelente película *Diplomatic Courier*, de los años cincuenta, protagonizada por Tyrone Power, quien interpreta a Mije Kells, correo diplomático del Departamento de Estado, a quien correspondió cumplir tareas específicas asignadas en Europa en plena Guerra Fría.

III Se trataba de sobres con el escudo nacional a color; primera señal que eran de la Presidencia –con sus sellos lacrados–, que debía entregar a cada primer ministro del Caribe Oriental. Si mal no recuerdo, fueron cinco en total. Son tantos años de esta historia que pierdo detalles de la complejidad y solemnidad de la tarea asignada. No había límite de tiempo, pues las conexiones aéreas entre las islas eran pésimas y la instrucción era no abandonar cada isla-nación, hasta tanto la misiva fuese entregada personalmente. En aquellos años, Venezuela no contaba con embajadas ni consulados en esos países. Teníamos un solo Consulado *ad honorem* en Santa Lucía. El cónsul era un ingeniero, John de Veer, quien tenía una larga experiencia en las islas

y era el responsable de ayudar a concretar las visitas. Entre las dificultades de conexión aérea entre Caracas y las islas, el periplo duró más del tiempo previsto.

IV Cada espera fue ansiosa. El recibimiento protocolar y amable de cada uno de los primeros ministros caribeños me sorprendía. Se asombraban cuando veían mi cara de casi adolescente encubierto con una barba. Había misterio, una suerte de aureola del poder de estilo británico y una curiosidad personal de por qué llevaba unas misivas secretas. Mi tarea era la de simplemente entregar personalmente la carta y esperar *in situ* una respuesta que se resumía en un "sí" o en un "no".

V Nunca supe el contenido de las mismas y eran para lectura exclusiva del destinatario. Mi regreso fue con la satisfacción de informar que en todos los casos las respuestas fueron positivas. Hasta la fecha no tengo la mínima idea de cuál era la petición que requería tan expedita respuesta. Ni siquiera cuando asumí responsabilidades en la Cancillería, un par de décadas después, se me ocurrió escudriñar. Así mejor: un secreto más para los historiadores.

Esa fue una rutina del quehacer diplomático de aquel entonces y recuerdo la conducta y la seriedad de nuestra diplomacia de esos tiempos. Desde el inicio de nuestras carreras se nos exigía formación, disciplina y máxima responsabilidad en nuestras obligaciones. Aprendimos la discreción y respeto hacia los cuadros profesionales que dentro de sus respectivas jerarquías se había formado en nuestra Cancillería. Por supuesto, la de estos tiempos tiene poco que ver con aquellos. ☉

Transición y libertad: el asunto está en saber cómo lo serán

"El libro está dividido en dos partes: 'Adiós a las armas' y 'De una a otra dictadura: viaje hacia el fondo del pragmatismo'"

TOMÁS GUILARTE

En 2024 consulté por primera vez el trabajo de Luis Castro Leiva, por recomendación de mi tutor. Su vivisección de la historia intelectual venezolana, influida por la *begriffsgeschichte* –historia de los conceptos–, me ayudó a estudiar cómo los conceptos sociopolíticos han tejido y disputado historia, pensamiento y acción desde que somos repúblicas.

En esta breve reseña, ahora con otro título de Castro Leiva, espero tocar estas tres fibras otra vez: pues de "transición" y "libertad" hemos vuelto a hablar después de un año en Venezuela, o diez meses desde enero, para quien prefiera periodizarlo de esta forma. De parte del autor, sin embargo, encontraremos una serie de periodizaciones que anteceden por mucho a 2024, y cuyas composiciones y configuraciones nos acompañarán a pensar qué pasará mañana, o qué deberemos evitar mañana. Koselleck alguna vez teorizó que los conceptos son "creaciones y creadores" de la historia; al ser históricos, son humanos y "disputables", y por consiguiente políticos. Esto quiere decir que ya hemos vivido, fraguado y narrado "transiciones" en nombre de la "libertad": así es nuestra política y así, bordada con hitos de emancipación, es nuestra razón histórica.

Parece que ahora, llegados a este punto de nuestra historia de la opresión, de los presidentes y de los candidatos, creemos haber pensado estos conceptos lo suficiente, hasta el hartazgo, incluyendo todos los apellidos, Es-

tados vecinos, protocolos y esperanzas disponibles para el análisis; creemos también haber resuelto/reducido los incómodos "lunares" éticos, ideológicos, institucionales y prácticos que, otra vez en nombre de ambos conceptos, hemos ignorado, por lo menos, desde nuestros ensayos fundamentales de la democracia, desde 1945. Pero una lectura honesta de *El dilema octubreta. 1945-1987* nos hace reconocer que:

- fundamentar, organizar y practicar la democracia sigue pareciendo el reto sisifante de nuestro Estado-nación;
- la degradación moral e institucional de la república ya contaba con alarmantes paralelismos con la actualidad, cuando en 1988 no se imaginaba nuestra eventual deriva;
- la disolución del "escepticismo moral", de la "duda paralizadora o constructiva" y del "cauteloso uso del valor de la prudencia" (Castro, 1988: 118), característica del final del siglo XX, era parte de las causas de esta degradación, y fue apenas el inicio del periplo hacia lo que vivimos hoy: que el discurso y las discusiones fundamentales han cedido el *espacio* de las controversias a la imagen, al *feed*, a la fe y al incansable desconocimiento del otro.
- por último, será difícil cerrar otra vez las puertas del cuartel.

Por supuesto, *El dilema octubreta* fue publicado en 1988. Después de tantos años sería excesivo listar todos los paralelismos y lecciones de esta lectura. Por lo tanto, a continuación solo reviviremos las reflexiones de Castro Leiva a partir de uno de sus aportes más

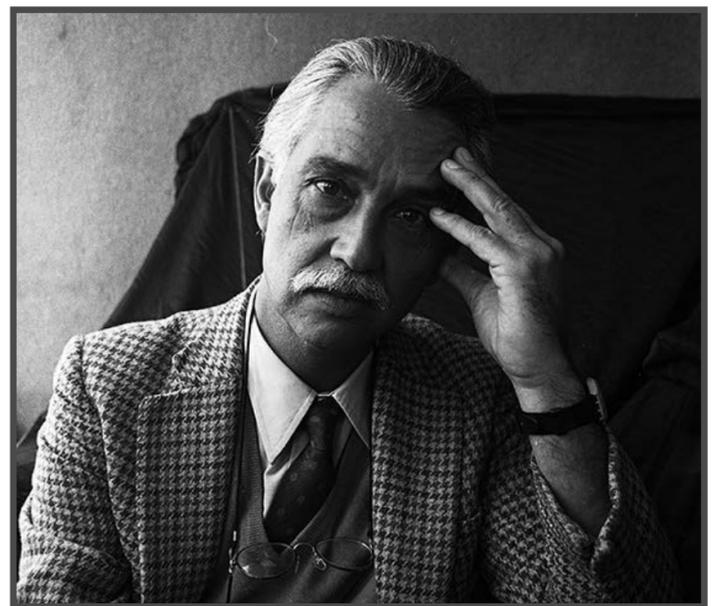
importantes, recordando su exigencia más insistente a la historiografía profesional del siglo XX: la reflexión y comprensión de eventos históricos requieren del reconocimiento de sus ambientes intelectuales de emergencia.

¿Cuáles fueron, pues, los ambientes intelectuales rastreados y que motivaron este ensayo de Castro Leiva en 1988? Y, ahora, enfocando nuestra reflexión en octubre de este año, ¿cuál es o en qué estado se encuentra nuestro ambiente intelectual para pensar y hacer real la "transición"? Haremos más responsable nuestra lectura respondiendo esta última pregunta, de lo contrario, repetiríamos los errores que denunció Castro Leiva.

El libro está dividido en dos partes: "Adiós a las armas" y "De una a otra dictadura: viaje hacia el fondo del pragmatismo".

En la primera, Castro Leiva hace una prolija selección de comunicaciones personales y correspondencia que perfilaron el debate entre civilismo y militarismo a principios del siglo XX. Los testimonios recopilados funcionan muy bien como portavoces de los *principes classicorum* de la filosofía política y la filosofía del derecho, es decir, son increíblemente arquetípicos: revelan tentaciones, tribulaciones, aporéticas discusiones de legitimación ideológica, histórica y racional y desconfianza entre los distintos actores que protagonizaron y pensaron años muy complejos de la historia política venezolana: 1945, 1948, 1950 y 1952.

Pero hay más. Aquí al menos tres "dilemas" comienzan a encauzar el argumento del libro, por ejemplo, el fantasma del viejo militarismo caudillista y violento siempre ha refractado nuestros avances –civilismo-militarismo–; los intelectuales del momento reeditaron la disputa alrededor del concepto de libertad con acepciones neomarxistas y liberales a la vez –confusión ideológica–; el nuevo orden de las cosas, en



LUIS CASTRO LEIVA / ©VASCO SZINETAR

cada una de estas fechas, se diluía en la ejecución forzada y tropical de *La dictadura* de Schmitt –la accidental relación entre hecho y derecho, que ha paralizado y agravado las transiciones en este país.

En fin, ahogar la vocación de poder del militar, véase, redirigir a las Fuerzas Armadas bajo la cuadratura liberal y organizacional del Estado moderno, al servicio y para la protección de la nación, había sido –aunque interrumpidamente– un logro innegable de nuestra ingeniería constitucional del siglo XX. Castro Leiva se encarga de segmentar detalladamente nuestra *traccia* en esta ardua tarea, antes y durante el trienio adeco, antes y después del asesinato de Carlos Delgado Chalbaud y durante el Nuevo Ideal Nacional. Prosigamos.

La segunda parte se adentra sociológicamente en el desgaste del sistema político venezolano, ya en democracia, aunque no pierde el hilo filosófico con los dilemas iniciales. Volvemos al ambiente intelectual de Castro Leiva: ¿Qué significaba la libertad en una época de característico pragmatismo? ¿Qué significaba y cuál era, institucionalmente, el *sentido* de una transición

en tiempos de reforma del Estado? ¿Qué tipo de ciudadanía se había construido frente a un aplastante sistema partidocrático, a una fatal mimesis del líder con su pueblo y del pueblo con el partido, a la muerte de los ismos y a una riqueza material desmedida?

Sin proponérselo proféticamente el autor, 37 años después estas inquietudes siguen desmitificando la época que figuramos al pensar en "la Venezuela que estaba bien", o en la que estaba bien hacer lo que la estructura permitía. Este libro nos detiene a pensar adónde queremos regresar exactamente, o si acaso es lógico, implicando y anhelando una transición, plantear un "regreso".

En suma, esta obra de Castro Leiva nos invita a desnaturalizar las promesas y ambigüedades detrás de la historia, como lo hizo en alusión a la institucionalización del ejército durante el trienio: "El ejército sí es ahora más del pueblo que antes. El asunto está en saber cómo lo es" (1988: 16)... De "transición" y "libertad" hemos vuelto a hablar después de un año en Venezuela, o diez meses desde enero, para quien prefiera periodizarlo de esta forma. El asunto está en saber cómo lo serán. ☉

Actor, director de teatro y ópera, guionista, dramaturgo, escenógrafo, creador de espectáculos multimedia, traductor y productor teatral, Antonio Costante nació en Italia en 1937 y llegó a La Guaira en 1954. Su extraordinario hacer ha merecido el reconocimiento de "maestro de la escena venezolana". Su trayectoria, irrepetible, está marcada por momentos inolvidables como *Viva Zapata*, homenaje a Pedro León Zapata en el Poliedro de Caracas, *Se hace camino al andar*, en el Teatro Teresa Carreño, a propósito de los 50 años de *El Nacional*, o los espectáculos de la Cátedra del Humor

INDIRA ROJAS

Antonio es un niño que juega en las calles de Pescopagano. Mientras espera que su padre vuelva de la guerra, lee mucho, estudia mucho y juega a patear una media rellena de hojarasca. No lo sabe, pero recibirá en un futuro no muy distante un regalo del tío que se fue a Argentina, y confirmará que el poder puede ser inspirador y temible. Será el único niño con el único balón de fútbol en ese lejano pueblo italiano, el que está más cerca del cielo entre todos los pueblos de la región de Basilicata. Decide cuándo y a quién prestar la pelota: "Me volví un tirano". Con el mismo tono también obliga a sus amigos a participar en breves representaciones teatrales. Tiene 10 años y él escribe las obras.

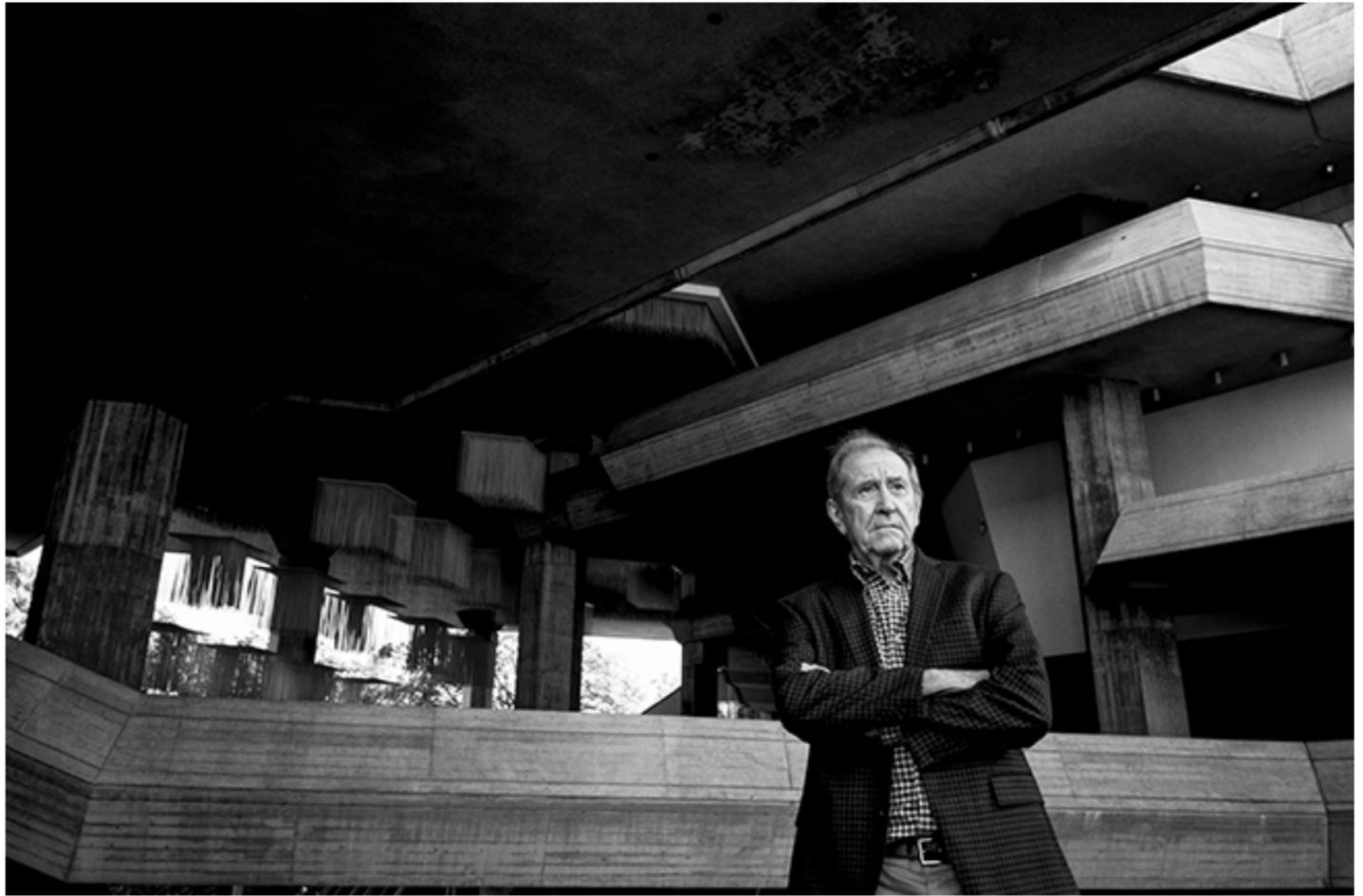
Antonio no es todavía un adolescente y ya distingue la belleza secreta de las procesiones de los santos, el carnaval, las fiestas patronales, y los funerales. Sobre todo los funerales. Luego comprenderá que aquello que reclama su atención es la repetición ceremonial de la vida sencilla, repleta de acciones codificadas. Todo es teatro. Reconoce el encanto de su pueblo y, al mismo tiempo, quiere marcharse de allí y no volver. Y así lo hizo.

Llegó a Venezuela a los 17 años. La suya es una historia crónica. Emigra con Margherita, su madre, y sus dos hermanos menores. Ernesto, su padre, ya los espera en Venezuela y aquí nacerá su hermana. No siente ni sentirá una pizca de nostalgia por su pueblo italiano. La familia vive en Catia y Antonio se adapta con avidez. Un día descubre un pequeño campo de fútbol en la zona. ¡La grama es tan verde! ¡El cielo es tan azul! Juega de nuevo al director y en poco tiempo arma su propio equipo.

Antonio, hijo mayor, se aventura a emanciparse y se convierte en la salvación de la economía familiar. Para un migrante es una necesidad no fracasar. Su padre era zapatero y no ganaba mucho en el oficio porque te-

ENTREVISTA >> ANTONIO COSTANTE, MAESTRO DE LA ESCENA VENEZOLANA

Antonio, el "rito" caníbal



ANTONIO COSTANTE / ©ERNESTO COSTANTE

nía manos de artesano y "corazón de artista", dice Antonio. De modo que no se ajustaba al mercado cosmopolita que valoraba la cantidad sobre la calidad. "Entonces, yo me atreví a todo". Antonio empezó en una taller metalúrgico pequeño y tiempo después consiguió empleo en Maquinarias Mendoza, que pertenecía a un conglomerado empresarial que llegó a ser uno de los más grandes de Venezuela en la década de los setenta. Luego, trabajaría en la General Motors.

Cuenta Antonio que Ramón Espinal, su jefe en Maquinarias Mendoza sentía simpatía por él y en 1958 le mandó a hacer un curso sobre maquinarias pesadas en Puerto Rico. Allí las muchachas le perseguían, tanto como la buena vida. "Al llegar me quedé 25 días en el Caribe Hilton. ¡Un hotel lujosísimo! Cuando entré a mi cuarto vi una piña junto a la jarra de agua. Toqué la piña... ¡y se desmoronó en cuadritos! Estaba cortada en cubitos y vuelta a armar. Después de eso me dije: "esta es la vida que quiero".

Dionisio Abreu, su jefe en General Motors, también lo condujo a una *vida deseada*, una más cerca del campo artístico: le propuso hacer representaciones escénicas en el club de empleados de la compañía. El teatro que Antonio llevaba dentro, medio dormido y medio atascado, finalmente despertó y cambió su historia.

Encontrando al director

La primera vez que vio una obra de teatro tenía ocho o nueve años y se topó con la conmovedora pero larga y esforzada dramaturgia alemana del siglo XVIII. Era un niño cuando vio *Los bandidos*, de Friedrich von

Schiller. Duraba cuatro horas y logró sobrevivir tres totalmente despierto. "Se me quedó grabada para siempre. Especialmente la primera escena. Un hombre solo, sentado, enrollado en sí mismo, ¡de pronto empezó a hablar! No había visto una cosa así".

Hoy, partiendo de su experiencia, ¿cómo define el teatro?

El teatro es un arte impuro, porque se vale de muchas cosas. Se vale de un texto, un libro, que mientras está ahí es una cosa inerte; de los actores, la música, la escenografía... Se trata de algo coordinado entre muchas disciplinas, que te permite convertir una obra escrita en imágenes y voz.

Y para lograr dicho propósito, ¿cómo definiría la función del director?

El director es un creador. Antes, el primer actor tenía esta función, porque era teatro en un sentido primario, es decir, no había un concepto del director como el autor del espectáculo. Hacer una obra de ese modo es muy difícil. La figura del director nace a principios del siglo XX con el teatro alemán y es una invención, digamos, intelectual.

El director debe lidiar con el ego de los que están en la obra. La crisis siempre está allí. El actor es un exhibicionista. Un tipo que se pone en una escena para que lo desnudes mentalmente debe ser alguien vanidoso, es lógico, aunque debe existir una medida, un límite. Recuerdo que en los años 60, algunos grupos de teatro, temiendo caer en un concepto burgués, hacían montajes con algo que llamaron dirección colectiva. ¿Puedes creer eso? ¡Un grupo de

teatro debe tener un jefe! De lo contrario, la obra no avanza.

Menciona una época importante para la creación teatral y cultural en Venezuela. ¿Cómo fue la década de los 60 y los 70 para usted?

Entre los 60 y 70 los que hacían teatro, como todo en la cultura, tenían la impronta marxista, comunista, y todo debía tener un mensaje, una proposición o una propuesta. Yo era de los pocos que no caía en eso, me hacía el loco, y además era considerado un esteta. Me decían cosas como "tú eres un tipo de derecha" o "no estás comprometido con el país". Yo no contestaba a aquello. Pensaba, ¿por qué tengo que enviar un mensaje?, ¿a quién le importa *mi mensaje* si estoy usando las palabras de otro? Lo que sí debes hacer es comprometerte a crear buen teatro, hacer una obra que signifique algo, que tenga sentido para la sociedad. Puedes encontrar esto incluso en una obra católica. Hay grandes autores de teatro religioso francés, como Paul Claudel, quien tiene obras religiosas extraordinarias y además son difíciles de montar. También hay otras que son frívolas y son una maravilla, como las óperas, ope- retas, zarzuelas... Están allí para entretener, es su verdadero fin. Mi marca de fábrica era lo estético. Negarla con el argumento de ser o hacer un teatro más revolucionario hubiera sido un acto contrario a mí, no hubiera sido yo. Hubiera sido una mentira, y ya el teatro es una mentira.

El teatro de Antonio es un cuerpo construido por partes: toma de quienes participan lo que se requiere para contar una historia. Es un director caníbal. Figoneando su archivo hemerográfico, el término se repite en las entrevistas desde la década de los 70... y sigue en su repertorio. Lo usa para describirse a sí mismo. Antonio sabe que su mayor fortaleza es la de reconocer entre la maleza los pedazos de sabiduría que la vida ofrece: tienen forma de dramaturgos, lecturas, amigos. A falta de la enseñanza formal del español, devoró todos los libros que pudo en ese idioma y se comió cada palabra con gusto. Hizo lo mismo con las disertaciones de Zapata, mientras contemplaban juntos las pinturas en los museos extranjeros, y Antonio se decía a sí mismo que aquello era "como un regalo prestigioso que te ponía a pensar rápidamente". También canibalizó los pedacitos virtuosos de los encuentros

y cartas de su querida amiga Isabel Allende.

Se canibaliza también a sí mismo. Así fue que decidió darle fin a su paso por la actuación, la cual fue parte de sus inicios en las tablas. Dice que era malísimo y, tras reconocer su fracaso en la interpretación, engulló al *Antonio actor* hasta que solo quedó una que otra foto personificando vidas ficticias y el ojo entrenado para identificar desafíos propios de quien presta el cuerpo y la voz al texto.

El teatro es vida dentro de la representación de la vida. Es tan así que cuando llegó el cine y la televisión muchos dijeron que era el fin del teatro. ¡Mentira! No era posible, porque son cosas distintas. El lenguaje es distinto. La televisión se vale de un aparato para decirte algo. El teatro lo hace gente y todos los días puede pasar algo diferente. ¡Como la vida! En una película, las personas ya están convertidas a una imagen y siempre se verán igual. Son objetos. En el teatro, la persona sigue siendo una persona.

O, mejor dicho, dos personas... hay que contar al personaje al que le está dando vida.

Un actor se mete en el cuerpo de un símbolo. Es el contenedor de un alma o de un modo de ser. Si no se cree la persona que debe ser, entonces el público tampoco se lo cree. Yo era pésimo. En cambio, Rita... ella sí era una actriz interesante.

Si hablamos de actores, hablamos de su incondicional Rita. A finales de los sesenta, se convirtieron en protagonistas de muchos montajes, y Antonio la recuerda como una intérprete ingeniosa. Como él, se distanció de los escenarios y se concentró luego en otro de sus talentos, que incluso le mereció un premio municipal: el diseño de vestuarios. El oficio también le permitía aportar un ingreso adicional en el hogar.

"Éramos una pareja particular", dice Antonio, sentado en una mesa circular al final del jardín de su casa. El jardín de Rita. Las orquídeas cuentan historias de cómo crecieron bajo el cuidado esmerado de la actriz, brillando con amarillos y púrpuras intensos. Dentro de casa quedan sus libros favoritos en italiano y los carteles que ella diseñó para promocionar obras teatrales.

(Continúa en la página 10)



ANTONIO COSTANTE / ©ERNESTO COSTANTE

Antonio, el “rito” caníbal

(Viene de la página 9)

¿Qué ha aprendido sobre el sentido del amar?

La importancia de la armonía. Saber que no debería existir un dominante y un dominado, sino que se trata de encontrar la manera de convivir con las diferencias afectivas de cada quien, con códigos expresivos distintos. Hay que aprender a mover la alquimia hacia esa comprensión, que no es estudiada, pero sí es instintiva.

El espíritu de la casa se sostenía en esta armonía y en el *arte impuro* del teatro, pero no era suficiente. Así que Antonio recurrió a una doble vida. Esta identidad no secreta todavía es un dato curioso a quien se le revela por primera vez, porque para algunos es difícil de creer que el director enamorado de las composiciones de Verdi gestionó durante 52 años un negocio de repuestos para automóviles, junto a sus dos hermanos. Lejos de ser una contradicción, es una verdad lógica contra la romantización de la vida artística. Ya le había quedado claro mucho tiempo atrás, como testigo de la vida de su padre. Para Antonio, reconocer que su labor en las tablas era un trabajo, pero no el mecanismo para sostener a una familia, hizo mucho más sagrada la dedicación al viejo arte del teatro.

Después de la pandemia se acabó el negocio, pero me dio todo mi bienestar y estoy agradecido.

¿Cómo manejaba la compañía y su tiempo en cada obra y presentación?

En el negocio se trabajaba hasta las ocho, y después, en la noche, ensayaba. También se combinaba la vida personal. Recuerdo que una vez en el viejo Ateneo, mi hija Nilde, con dos o tres años, estaba en el escenario jugando mientras nosotros ensayábamos. Nadie más podía cuidarla. Lo mismo nos pasó con mi hijo Ernesto.

El nuevo ciclo

Alguna vez, en un tiempo perdido en la historia, en las tierras que hoy son su natal Pescopagano se veneraba al dios Silvano. Solía representarse como un hombre viejo, pero fuerte, y seguro algo de él se quedó en Antonio y comenzó a emerger hace poco. “Fui joven por mucho tiempo”, dice, mirándose frente a frente en una foto en blanco y negro de un periódico del 76. Se extraña a sí mismo. Tiene 87 años. No le gusta que le pregunten en la calle si necesita ayuda para subir, bajar o andar y el Día del Padre aclara que su nuevo título es el de abuelo. Comenzó a sentirse viejo cuando reconoció un miedo irracional a perder la memoria, por saberse plenamente consciente de que allí almacena todo lo que es. Ni siquiera le teme a la muerte. El rito teatral se repite en la estructura de su pensamiento: “después de esta vida no hay nada más”. Es una obra efímera, en la que también ha decidido no creer en dioses particulares, peticiones divinas o mantras.

Antonio se pasea por los periódicos sobre la mesa del comedor, los recortes de viejas páginas de *El Nacional*, *El Universal* y *La Voce d'Italia*. Realizó entre 40 y 50 montajes diferentes a lo largo de 60 años de trabajo, y estos los repitió en cientos de ocasiones. Una experiencia larga que incluye desde obras teatrales hasta óperas, y un homenaje especial a Verdi que contó con una proyección audiovisual y un coro espléndido entre las butacas del público.

Tenía miedo de sacar aquel archivo a la luz, porque su recuerdo le dictaba que la crítica había sido siempre severa con él. Incluso, mandó a la basura una buena parte. Tal vez, dice, esa idea oscura se la debe al ego propio de los veintitantos, porque no veía entonces con agrado la mirada acuciosa de



ANTONIO COSTANTE / ©ERNESTO COSTANTE

los articulistas. Pasaron casi 50 años antes de que Antonio volviera a abrir las cajas. “Yo pensé que las críticas sobre mí habían sido duras y resulta que no, ¡más bien son buenísimas! Algunas fueron malas, pero tampoco tantas... Es bueno saber que hice un buen trabajo”. En voz baja murmura “tal vez fue un error botar la otra parte”, mientras intenta hallar, en vano, una fotografía de su época de actor.

Detiene la búsqueda al leer una entrevista antiquísima. A raíz de su fama como un buscador incansable del esteticismo, una periodista le preguntó si no era un riesgo caer en equivocaciones, a lo que Antonio respondió: “mis equivocaciones es-

tán sumamente elaboradas”.

¿No hay nada en su trabajo como director, actor, dramaturgo sobre lo que se sienta arrepentido o que sienta que fue un error?

No. Cada cosa se hizo en su tiempo. Claro, cuando te pones a hurgar, empiezas a hilvanar lo que hiciste, tu obra con tu vida de ese momento. Allí nace una sensación.

¿Cómo la podría describir? ¿Es la sensación de tener un legado?

No. Es la sensación de la rectificación de una cosa ya hecha, de pensar que pudiste hacerlo diferente. Es un *pentimento**. Pero es inútil, porque el

teatro es efímero. Y eso es lo maravilloso de este arte.

En las páginas sociales se le ve tomado de manos con Rita, sentado a su lado, riendo juntos. A su alrededor otras figuras de la cultura venezolana, como Cabrujas o Chocrón, sonrien distraídos. Un país diferente se revela en la sección *Caracas de noche*, e incluso otros matices de la amistad que no solo unía personas; también diferentes formas de pensar.

La amistad te completa. Hay una amistad que tiene tu modo de pensar, o al

menos uno similar, y la otra llena el resto de ti, es decir, llena la cantidad de huecos que tienes. Por eso digo que uno puede canibalizar a otros. Un amigo de verdad es un afecto buscado o creado, oxigenado, cultivado. He contado con la suerte de tener tres o cuatro amigos de verdad de los cuales aprendí mucho y que incluso me cambiaron un poco el modo de ver las cosas.

A veces me parece que esa forma de valorar al otro se ha perdido. ¿Cree que la amistad como concepto, como forma de relacionarnos, ha cambiado?

Hoy la amistad es mucho más cínica. Ahora tiene intermediarios, que son estos aparatos, la computadora y el celular. Ahora, con la inteligencia artificial, hay una mente accesoría con la cual no puedes discutir, no hay posibilidad de esforzarte mentalmente porque allí lo tienes todo. Es otra visión de las cosas, es otro comportamiento, es una sociedad en la que ya a los 20 te consideras viejo.

¿Esto también afecta la manera de ver teatro?

Totalmente. Estuve en una obra muy divertida, en la que actúa Luigi Sciamanna, y el hombre sentado frente a mí no paraba de reírse históricamente. Cada dos minutos decía “¡Ja! ¡Qué buena vaina!” Me hacía pensar que jamás había ido al teatro. Reaccionaba como si no le importaran los otros a su alrededor. También pasa que la gente habla de premiar el esfuerzo. La palabra esfuerzo es la cosa más antipática que puede existir, especialmente ante un hecho creativo como el teatro. Cuando alguien dice: “Esa obra está muy bien porque hicieron el *esfuerzo de*”, me pregunto ¿qué me importa a mí? Yo quiero ver resultados. Porque hacer teatro no se trata de esfuerzo. Se trata de un trabajo duro, de dolores de cabeza, de constancia que te llevan a un lugar.

Las escenas simbólicas de la infancia se sembraron en ese afán de hacer teatro: el repetir una y otra vez el rito dramático. El empuje por presentar una nueva ópera o un nuevo texto dramaturgico, con cuidado por el detalle y comprensión de sus autores, duró seis décadas y persiste en su visión del mundo. Antonio no volvió a Pescopagano, a la *roca pagana* natal, pero piedra a piedra construyó su propio rito: el culto a las imágenes sin moralejas y a la pureza estética.

Puede que no venera a un dios o sea inmune a la magia. Pero es esencial comprender que no hay rito sin Rita. Se puede creer en nada siempre que se haya experimentado el todo. ☉

**Pentimento* es ocultar o modificar una versión anterior de un cuadro debajo de una capa posterior de pintura. El término significa “arrepentimiento” en italiano.



ANTONIO COSTANTE / ©ERNESTO COSTANTE

“

Yo pensé que las críticas sobre mí habían sido duras y resulta que no”

Una trayectoria imposible de resumir

Antonio Costante (1937, Italia) llega a Venezuela en 1954, con 17 años. Pautinamente, su interés por el teatro —que se había originado en la infancia—, comienza a concretarse. En 1963 funda, junto a Álvaro de Rossón, el “Grupo Experimental El Surco”, cuya sede era la del Instituto Italiano de Cultura. Los primeros autores que llevan a escena son clásicos: Pirandello, Goldoni, Maquiavelo. También en ese período —hasta 1967— se desempeña como actor en obras de Pirandello, Shaw, Goldoni y Maquiavelo. Sin embargo, no tardaría en dejar la actuación para concentrarse en la dirección. Así, el joven Costante dirige dos obras de Pirandello (entre ellas, el clásico *Así es si nos parece*), Goldoni, Jellicoe, Schisgal y Mrozek.

A continuación arranca una etapa de trabajo con el Ateneo de Caracas y El Nuevo Grupo —que acababan de fundar, en 1967, Isaac Chocrón, José Ignacio Cabrujas, Román Chalbaud, John Lange, Elías Pérez Borjas y Miriam Dembo. Entre 1969 y 1986, Costante afronta numerosos desafíos conceptuales y estéticos: monta obras de Joe Orton, Christopher Marlowe, Bruce Jay Friedman,

Thomas Middleton, José Gabriel Núñez, Shakespeare, Gilberto Pinto, Antonio Skármeta, Roger Vitrac, Elisa Lerner, Luis Britto García, Antón Chéjov, Marowitz, Lillian Hellmann.

A esos años corresponden dos espectáculos que tuvieron una considerable resonancia pública y en los medios de comunicación: *Venezuela Heróica*, de Pedro León Zapata, con la que se inauguró el Primer Festival Internacional de Teatro, en 1973. Al año siguiente dirigió *Los siete pecados capitales*, con textos de Isaac Chocrón, José Ignacio Cabrujas, Román Chalbaud, Luis Britto García, Elisa Lerner, Rubén Monasterios y Manuel Trujillo.

Entre los años 1987 y 1995 se incorpora a la Compañía Nacional de Teatro, donde dirige obras de Carlo Goldoni, Ben Jonson, Isaac Chocrón, Ugo Ulive, Terence Rattigan y Nicolás Maquiavelo. Invitado por la Casa de la Poesía concibe y ejecuta recitales de poesía escenificados de textos de Rafael Cadenas, José Antonio Pérez Bonalde, Ramón Palomares y Humberto Díaz Casanueva.

La popularidad y reconocimiento a Costante se incrementa con su exi-

tosa incursión como director de ópera, que realiza de forma simultánea a su actividad en el teatro. Obras de Giancarlo Menotti, Eric Colón, Gaetano Donizetti, Gioacchino Rossini, Giuseppe Verdi, Pietro Mascagni, Ruggero Leoncavallo, Wolfgang Amadeus Mozart, y otros, engrosan sus crecientes experiencias.

A todo este incansable activismo hay que añadir, entre numerosas otras, su faceta como dramaturgo de *Van Gogh*, dirigida por Vicente Nebrada para el Ballet del Teatro Teresa Carreño; como dramaturgo, director y escenógrafo para la agrupación Danza Hoy, de *Pierrot Lunaire*, de Arnold Schönberg; su faceta como libretista y director de espectáculos multimedia: *María Teresa y su tiempo* (80 años de María Teresa Castillo), *Viva Zapata* (homenaje a Pedro León Zapata en el Poliedro de Caracas), *Se hace camino al andar* (50 años *El Nacional*), *La austera dignidad* (homenaje a Juan Pablo Pérez Alfonzo) y *Verdi, pasión y libertad* (Centenario muerte Giuseppe Verdi), a lo que habría que sumar sus contribuciones a la Cátedra del Humor, en la que dirigió alrededor de 15 espectáculos.

MEMORIA >> EDDIE PALMIERI (1936-2025)

Palmieri, 27 años vetado en Venezuela

Eddie Palmieri (1936-2025) fue pianista y compositor, fundador de orquestas extraordinarias y artista decisivo de la música afrocaribeña y el latín jazz. En siete ocasiones recibió un Premio Grammy. En 2013, la organización NEA Jazz Masters, le concedió la categoría de Jazz Master por su contribución al florecimiento del jazz latino

VÍCTOR SUÁREZ

WNos costó 27 años a Eddie y a mí volver juntos a Venezuela. Estamos en la gloria. Ustedes fueron gran parte de nuestro éxito. Le damos las gracias a esta bella señora llamada María Teresa Castillo por sus gestiones para traernos nuevamente a Venezuela”.

Así agradeció el cantante Ismael Quintana al comienzo del concierto que tuvo lugar en el Poliedro de Caracas en abril de 1995, como parte de la programación del X Festival Internacional de Teatro, organizado por el Ateño de Caracas, del cual María Teresa Castillo era su presidenta.

¿27 años de ausencia de Eddie Palmieri?

En 1967 Venezuela era el máximo centro de atracción artística musical en la cuenca del Caribe. Caracas cumplía 400 años de fundada y la Comisión Cuatricentaria organizó el fasto carnavalesco más estruendoso y florido de cuantos haya memoria en la ciudad.

Han pasado 58 años desde aquella presentación en Caracas, que bastó para la consagración de Palmieri en el país. Falleció hace pocas semanas y nunca explicó las razones por las cuales sus actuaciones estuvieron vedadas durante tanto tiempo. Si a la Inteligencia Artificial de Google le preguntas si Palmieri tuvo algún problema legal en Venezuela, de inmediato responde que no. Si le preguntas lo mismo al más avezado de los cronistas de farándula de la época, responderá lo mismo: “Ni idea de la existencia de ese veto...”.

Triunfo total en Caracas

Las mejores orquestas de Nueva York y el Caribe aterrizaron en Caracas aquel febrero feliz. Tito Puente con La Lupe, Tito Rodríguez con la orquesta de Mario Ortiz, Pérez Prado, Joe Cuba, Orquesta Broadway, Cortijo y su combo con Ismael Rivera, Pupi y su charanga, Willie Rosario, Mon Rivera, una de Curazao y otra colombiana. Las orquestas del patio compartían tarima con los visitantes. Los Melódicos se replegaron al Terminal de la Guaira y de La Billo's poco se supo. La pista gigante del Hotel del Lago, en Maracaibo, fue tomada durante nueve días por el conguero Ray Barretto.

El lunes de carnaval (6 de febrero), en medio de la barahunda, se fugaron del Cuartel San Carlos los dirigentes comunistas Pompeyo Márquez, Guillermo García Ponce y Teodoro Petkoff. La juerga siguió.

Eddie Palmieri tocó al aire libre durante cuatro noches consecutivas en la avenida Libertador, llenó el Nuevo Cir-



EDDIE PALMIERI EN CARACAS / ARCHIVO VÍCTOR SUÁREZ

co, se presentó en el restaurante El Rodeo, abarrotó el Terminal de La Guaira y estuvo en el junte general que se armaba en la Zona Rental de Plaza Venezuela con la participación de todas las bandas extranjeras.

Palmieri volvió a Nueva York con el máximo galardón (el Momo de Oro) y con cartel consolidado, pero no presentía que sus deseos de regresar se verían frustrados. Tantos años después, todavía no se conocen los pormenores de por qué.

Ah, y con una queja: las filmaciones de sus presentaciones en televisión desaparecieron sin dejar rastro. Transmítala Cadena Venezolana de Televisión, CVTV, canal privado predecesor de la actual VTV. Cada noche, Alfonso Álvarez Gallardo y Luis Turmero eran los anfitriones de las estrellas invitadas.

Sobre eso dijo Palmieri al antiguo portal *Descarga*: “Cuando ganamos el Momo de Oro, en los 400 años de Caracas, grabamos diez programas de televisión, cuatro números al día durante diez días. Grabamos cuarenta composiciones. Pero ellos (la televisora) se declararon en quiebra y nunca más pudimos encontrar esas películas. Dijeron que probablemente borraron las cintas para usarlas en otra cosa, pero creo que algún día eso se encontrará”.

El gran cierre del carnaval cuatricentenario se realizó el 11 de febrero, con la orquesta del cubano Pupi Legarreta y la criolla Federico y su Combo Latino, en la plaza Diego Ibarra, en El Silencio. “En esos tiempos, por baile yo ganaba más que Billo”, me dijo una vez Federico Betancourt.

Independencia digital

En los años siguientes Palmieri disolvió su orquesta La Perfecta, colisionó con su disquera, denunció a la mafia del espectáculo, el fisco lo persiguió, el FBI le acusó de comunista por tocar un ritmo que los cubanos llamaron Mozambique, dejó de grabar durante bastante tiempo, se puso a estudiar Economía Política para entender “las condiciones que existen” y se fue a vivir a Puerto Rico.

Antes de irse de Nueva York aprendió algo crucial: estudió durante dos años los postulados y la práctica del método Schillinger, de la mano del pianista, guitarrista y profesor español Bob Bianco. Esa pasantía le llevó a otro mundo, el de las armonías en el jazz, la energía rotatoria, que se expresa en tensión y resistencia dentro de la composición orquestal. “El enfoque matemático”, explicaba. “Si la música te hace sentir que está viva es principalmente porque tiene movimiento. Si tiene movimiento, debe ir con la lógica matemática”.

Cuando Palmieri, en las miles de entrevistas que ofreció, empezaba a desgranar las teorías del ruso Joseph Schillinger, divulgadas en 1946, los entrevistadores apuraban el paso. El método consiste en la prefabrica-

ción de componentes según un diseño preconcebido del conjunto, pero no le preguntaban cómo lograrlo. Les interesaba más el resultado práctico: bueno, aprendí a independizar cada dedo de cada mano, y a una mano de la otra. Por ello, cuando apareció el surco *Azúcar pa' ti* en 1965, de 9 minutos y 29 segundos de duración, sorprendió por igual a los músicos y a las industrias discográfica y radiofónica de Nueva York. Los más envidiosos le acusaron de haber amañado la grabación porque era imposible que en el disco se escucharan cuatro manos ejecutando el piano y en los créditos solo apareciera un solo pianista. Es decir, presumían de que hubo sobreimposición de capas de sonido en la consola de edición. Fue la prueba patente de que había asimilado el “método”. Las lecciones aprendidas se convirtieron en una característica que le acompañaría durante sus 75 años de vida profesional. Lo reafirmó en 1970 cuando grabó el álbum *Sobreimposición*.

Pleito fantasma

En 1975 ganó su primer Grammy por *El sol de la música latina* (el primero otorgado a un músico latino). El año siguiente ganó su segundo Grammy con *Pieza maestra inconclusa*. En 1985 ganó

Rubén Mijares, guía turístico

V.S.

Rubén Mijares, el mejor periodista deportivo venezolano de todos los tiempos, no bebía, pero sabía dónde se hacía con gusto. Me llevó a dos sitios espléndidos a los que después me hice asiduo: La Pelota y El Pato Decapitado, ambos en Sabana Grande.

La Pelota estaba en el Centro Ce-díaz, en la avenida Casanova, y su dueño era el catcher cubano Paul Casanova. El ambiente era beisbolero. Los músicos de las orquestas visitantes descargaban allí luego de sus compromisos comerciales. En La Pelota entrevisté a Luigi Texidor, a Pellín Rodríguez y a José Mangual Junior, tres puertorros, cantantes y bongoseros. Años después me encontré con Mangual y me dijo que esa entrevista publicada en *El Nacional* la tenía colgada en la sala de su casa, en Nueva York.

Rubén me llevó al Pato, que estaba en los bajos del Centro Capriles, en Plaza Venezuela. “Esta noche Palmieri va a descargar con Culebra”, me sopló en la redacción deportiva de *El Nacional*. “Prepárate”. A las doce nos presentamos a la puerta. Un hombrón más fornido que Rubén nos impidió el paso. “¿Quién los invitó?”, pregunta, como si existiera contraseña. “Federico”, dice Rubén. El hombrón cede y encontramos al Pato full de músicos (con instrumentos o no).

el tercero con *Palo pa' rumba*.

En esta tercera ocasión declaró que había reaparecido con una orquesta compuesta por “músicos totalmente puertorriqueños de Puerto Rico”.

Cuando reseñé la noticia en el diario *El Nacional* de Caracas, observé que “en el LP triunfador existe un surco dedicado a Venezuela, a pesar de estar vigente un veto empresarial contra el maestro Palmieri en nuestro país”.

Y también estaba otro (“Prohibición de salida”) que se refería a la situación que había vivido en el país, aunque sin señas particulares.

Palmieri no podía presentarse en vivo ni en TV, radio, ferias, festivales o en centros de entretenimiento.

Los rumores que circulaban en Caracas se centraban en que hubo un pleito con dos organizaciones entonces muy poderosas, la del empresario artístico Enzo Morera, y la Organización Parade, que dirigía el radiodifusor Oswaldo Yepes. “Incumplimiento de contrato”, se decía como causa.

El representante de Palmieri era un promotor llamado Guajiro González. Le acompañó en una visita que le hizo a la sede de *El Nacional* a principios de los 80. “Quiero tocar en Venezuela, pero no me dejan”. No decía quiénes.

Se le veía en Caracas con cierta frecuencia. En algún momento dijo: “El

hotel Ávila es mi refugio, cuando me deprimó”. Otras veces se instalaba en el Anauc Hilton. Buscaba a sus viejos cuates y se reunían a descargar en algún salón íntimo o en alguna barriada al aire libre.

Salidas e ingresos

Enzo Morera era un personaje muy poderoso. Contrataba a los artistas extranjeros que se presentaban en el afamado *Show de Renny*. Las grandes luminarias pasaban por su cedazo.

Las presentaciones públicas de los artistas contratados eran manejadas por la Organización Parade. Dónde, cuándo, de tal a cuál hora. El Poliedro era punto fijo de todos los calendarios.

En 1980 Morera había llevado al país a las bandas Police y Van Halen, con éxito rotundo. En 1981 contrató a Queen (con Freddy Mercury) para cinco fechas en el Poliedro, pero tras el decreto de luto nacional por el deceso de Rómulo Betancourt (28-9-81), solo hubo tres presentaciones. Morera se negó a pagar las dos veladas canceladas, pero el contrato le obligaba. Sin embargo, Queen debió esperar a que culminara el luto oficial para poder salir del país.

En 1982 le tocó el turno a Palmieri. “Estando en Caracas, dictaron prohibición de salida a su persona porque un empresario de espectáculos, con grandes tentáculos, para no pagarle, lo quiso dañar”, recordó recién en Telesur Lil Rodríguez, entonces responsable de RRPP de la disquera Sonográfica (propiedad de Empresas IBC) y primera presidenta del canal oficialista TVES que sustituyó la confiscada señal de RCTV en 2007. Palmieri pudo salir del país por vías oscuras, y luego le fue dictada prohibición de ingreso.

Nuevamente, en las miles de entrevistas que en su vida ofreció Palmieri, no se habló al detal de esa circunstancia. Ni los periodistas se lo preguntaban ni el afectado lo explicaba.

Entre 1968 y 1995 no se vio a Palmieri en ninguna tarima ni en ningún programa de TV, pero sus discos eran vendidos, bailados, gozados con veneración. El impacto de 1967 se mantuvo, creció, se trasladó a las nuevas generaciones. El público aceptó sus variantes jazzísticas pero mucho más su fórmula que llevaba al bailarón al clímax en la pista de los pasos extendidos.

Cuando al fin pudo tocar de nuevo, lo hizo en el Poliedro y en el Teatro Teresa Carreño, con la banda de Andy Durán como alternante.

Un caso como el de Nelson Mandela, quien después de padecer 27 años de prisión fue electo presidente de Sudáfrica.

Pero allí tampoco fue explicado cómo se había resuelto el conflicto con los empresarios Morera y Yepes.

Reencarnación

Su orquesta se llamaba La Perfecta II, una reencarnación de la original, un proyecto sugerido por el trombonista Conrad Herwig y secundado por el trompetista Bryan Lynch. Mantenía su propia tradición y al tiempo trabajaba en sus distintos proyectos de latín jazz.

Luego de ese reencuentro con el público caraqueño, volvió varias veces al país. Se presentó en el Hipódromo La Rinconada en 2005. En el V Festival Internacional de Tradiciones Afroamericanas realizado en Maracay en 2008. En 2012, con motivo del V aniversario de la renacionalización de Cantv, estuvo dos horas tocando en la plaza Diego Ibarra, en El Silencio.

Esa noche del 22 de mayo no lo pude ver porque ya estaba en Madrid, pero algo me contaron, y supe mucho más cuando un mes después leí la estupenda crónica que Albinson Linares publicó en Prodivinci.com. Con esa actuación, Palmieri se despidió de Venezuela.

Mientras tanto, gana nueve Grammys, la partitura de *Azúcar Pa' Tí* ingresa en 2009 en el exclusivo Registro de Grabaciones de la Biblioteca del Congreso de EE.UU. y en 2013 es declarado maestro del jazz por el National Endowment for the Arts, el honor más alto que Estados Unidos otorga a los músicos de jazz. ☺

MEMORIA >> EDDIE PALMIERI (1936-2025)

Eddie Palmieri en dos temas: “Prohibición de salida” y “Venezuela”

“Palmieri fue consecuente con Venezuela. Visitó al país en distintas décadas y bajo diferentes circunstancias”

FEDERICO PACANINS

1.

A mediados de 1984 Eddie Palmieri, maestro salsero de indiscutido genio, ofreció el disco *Palo pa' rumba*, galardonado con un premio Grammy al año siguiente. Dos temas llamaron la atención de los aficionados venezolanos por los títulos y las letras ofrecidas en clave de sonoras rumbas. El primero de ellos dice así:

*Prohibición de salida
un orgullo para mí... (bis)*

*Te llevo bien grabada
dentro del corazón
Se me pierde la razón
porque estoy enamorado*

*Nunca podrás salir
te llevo bien por dentro
y todos mis pensamientos,
son todos para ti*

*Prohibición de salida
un orgullo para mí...*

La letra, sencilla y melódica, expone la queja inicial en voz del sonero puertorriqueño Wilfredo Santiago. Se trata de una rumba compleja, con sofisticadas armonías, diestros solos instrumentales y un coro que contracanta al solista “(...) Negra linda, mi cariño para ti (...)”. Como respuesta Santiago inspira nostálgicos versos y la rítmica se impone. Nada conceptual, ni político, ni jurídico se opone al coro de “(...) Negra linda mi cariño es para ti (...)”, aparentemente.

Palmieri siempre ofreció música por y para el baile. Hasta en sus grupos de latin jazz la clave pidió balanceo y movimiento; de lo contrario no se podría entender el sentido canto del sonero, parte misma del paroxismo de una composición con letra y música “a lo Palmieri”. Que quien no baile, pues mejor que haga como si lo hiciera y así reciba del canto lo que tenga que recibir: “Prohibición de salida, un orgullo para mí (...) Te llevo bien grabada, dentro del corazón (...) Se me pierde la razón, porque estoy enamorado (...)”. El mensaje del canto se entrelaza con los mambos del grupo y los solos de trompeta de Juancito Torres y del timbal de Charlie Coto. Así va la metáfora de la prohibición de salida cual lamenta por la sanción judicial que impide la ida y vuelta a un país que se ama cual bolero de amor prohibido; un país instalado en el alma poética y extraña –como toda alma poética– del maestro Palmieri: “Negra linda, mi cariño para ti (...)”.

Tan cierta como la existencia de la grabación del tema fue la medida judicial de prohibición de salida de Venezuela, decretada y sufrida por Palmieri cuando visitó al país a comienzos de los años ochenta del siglo pasado. Se cuenta cómo entonces se le veía deambulando por los bares nocturnos de El Rosal –las cien sillas o el Juan Sebastian Bar–, buscando el pago de algún toque o el consuelo a sus ruegos por parte de jueces y representantes artísticos que lo acusaban de graves incumplimientos contractuales que requerían resarcimiento económico. Y la clave para la resolución de esos conflictos, ciertamente, era del todo desconocida para el maestro salsero.

Al fin llego la noche en que amigos expertos en desatar cangrejos contractuales, le anunciaron el levante de la galleta judicial. Y así Palmieri, según se cuenta, entre amargo y dulce bien pudo salir del país, dejando la leyenda urbana de su fantasmal presencia dando cátedra en los traqueteados pianos de los negocios nocturnos de El Rosal. Años después, al oír los temas del disco *Palo pa' rumba*, ciertos comentarios de veteranos músicos y de algunos cuenteros caraqueños, decían haber escuchado en el tema “Prohibición de salida”, la exacta evocación del gemido del maestro al despedirse del país de aquel entonces:



EDDIE PALMIERI / PALMIERIMUSIC.COM

*¡Ay Venezuela!, tierra bendecida por Dios...
Yo vo' a bailar, yo vo' a bonchar
Yo vo' a llorar, yo vo' a olvidar...
Venezuela, Venezuela...*

2.

En otro de los surcos del disco *Palo pa' rumba*, queda resuelto el conflicto existencial del artista y su “Prohibición de salida” del país..., al menos en cuanto a letra y música se refiere:

*¡Ay Venezuela!, he llegado yo a verte otra vez...
Yo vo' a cantar, yo vo' a tocar (bis)*

*He pasado muchos años de tristeza
Por esta crisis no he podido irte a ver
Pero digo: ya he llegado con mi orquesta
Ay, Venezuela estoy contigo yo, otra vez*

*¡Ay, Venezuela!, he llegado yo a verte otra vez
Yo vo' a cantar, yo vo' a tocar...(bis)*

Yo vo' a llorar, yo vo' a olvidar...

(coro) Venezuela, Venezuela...

Sin dudas Palmieri pasó el trago amargo y pocos años después, su prohibición de salida se convirtió en celebración de retorno. “Venezuela”, segundo surco citado del disco *Palo pa' rumba*, ofrece una impresión distinta de nuestro país y su huella en el artista. Esta vez es el sonero puertorriqueño Wilfredo Santiago quien como solista expone del tema y ofrece las inspiraciones de respuesta al coro.

*(coro) ... Venezuela, a ti yo te canto...
solista: A la tierra de Bolívar,
va dedicado mi canto...*

*(coro) ... Venezuela, a ti yo te canto...
solista: En el sol que aquella luna se vislumbra,
Sale otra vez mi canto...*

*(coro) ... Venezuela, a ti yo te canto...
solista: De Caracas, Maracaibo
Los tambores van sonando...*

*(coro) ... Venezuela, a ti yo te canto...
solista: Alla viene Mañenguito
Con su sabor repicando...*

Giovanni Hidalgo, “Mañenguito”, ataca su tumbadora como respuesta al coro que le exige “(...) Suena tu quinto, Giovanni, suena tu quinto (...)”. Palmieri desde el piano cambia el *tumbao* con un mambo orquestal; Juanito Díaz improvisa en la trompeta mientras el coro celebra cantando en ritmo de conga “(...) Venezuela, yo te canto (...)”. En la música se va evaporando la parte maluca del recuerdo.

3.

No faltará quien diga que “Prohibición de salida” y “Venezuela” conforman una *suite* salsera, o quizás una dupla útil para “los dos ligaditos” de la lejana Caracas de Radio Tiempo (...todo el tiempo...). Otro dirá que no es música para diseccionarla intelectualmente, sino para oírla y bailarla en el mismo acto y de una sola vez; que las letras salseras solo dicen algo a través del fraseo del sonero, que solo quien goza en clave entiende bien... Que Palmieri era un tipo raro,

tismo salsero mediante un disco entero producido para ella por el maestro. Lalo Rodríguez tuvo su notoriedad como vocalista en *The Sun of Latin Music*, premiado con el Grammy de 1976. Oscar D'Leon participó con Tito Punte y Palmieri al cantar “Hay que trabajar” y “Paris Mambo” en el álbum *Masterpiece* del año 2000. Hernán Olivera, con un marcado prestigio en las generaciones recientes, fue su cantante principal desde la década de los años noventa en adelante.

Sin quitar méritos al talento de los vocalistas mencionados y de otros menos famosos –Wilfredo Cisneros y Luis Vergara, por decir–, tocó a Ismael Quintana ser el sonero ícono de las bandas de Palmieri. Su voz estuvo en los éxitos radiofónicos iniciales de La Perfecta –“Muñeca”, “Azúcar pa' ti”, “Palo de mango”, “Óyelo que te conviene” o “Tirándote flores”–; también en el *sonero* de “Pa'huelé”, “Justicia”, “Revolt”: “La libertad... lógico”, “Vámonos pal monte” o el magnífico “Lindo Yambú”. Los boleros grabados por Quintana –“Amor ciego”, “Cosas del alma”, “No pienses así”, “Contento estoy”– son ejemplos del mejor *bolero feeling* imaginable. Las inspiradas armonías de Palmieri al piano impulsaban las improvisaciones de destacados solistas del jazz: Barry Rogers en el trombón –“Mañana de carnaval” y “Verdad amarga”–, o Ronnie Cuber en el saxo barítono de “Yo no sé”... Por cierto, en cuanto al arte del piano acompañante en el *bolero feeling*, queda la evidencia de un video de la televisión boricua de los años sesenta: Palmieri acompañando a Tito Rodríguez en “Cosas del alma”; evocación de los años 1958 a 1960, cuando era miembro de la famosa orquesta de Rodríguez que grabara un clásico del latin jazz: *Live at the Palladium*.

Hasta aquí los recuerdos melómanos de grabaciones que apuntalaron una legión de seguidores gracias a las ondas radiofónicas, o a discos de variados formatos que incluyeron abstractas introducciones pianísticas y propuestas de latin jazz tituladas “Palmas”, “Sueño” o “Sabiduría”. Toca ahora referir algunas exitosas visitas al país que, en momentos aciagos, lo llevó a predicar aquello de: “Yo vo' a llorar... yo vo' a olvidar... Venezuela, Venezuela...”.

5.

Palmieri fue consecuente con Venezuela. Visitó al país en distintas décadas y bajo diferentes circunstancias. Con La Perfecta, en los carnavales caraqueños de 1967, mereció el reconocimiento del Momo de Oro. En la década de los setenta –puro *boogaloo* y *shingaling*–, tuvo presencia con su propia orquesta y también por intermedio de la similar banda de su hermano Charlie. La década de los ochenta, ya se dijo, trajo un importante golpetazo judicial, pero hubo reivindicación plena en los años siguientes. Judy Schaper, productora de lujo del Ateneo de Caracas, en 1991 procuró su visita como invitado al I Festival de Música Latinoamericana, cuando compartió escenario con Trina Medina en la Sala Ríos Reyna del Teatro Teresa Carreño. 1993 fue otro año de visita con Jimmy Bosch en plan de trombonista estrella y nueve años después, en 2012, vino al país por última vez.

En un encuentro didáctico en la sede del Sistema Nacional de Orquestas le rindieron honores los jóvenes músicos encabezados por la virtuosa trompetista Linda Briceño, quien interpretó “Palmas”, tema de instrumental del maestro. Por su parte, Alberto Vergara, director de Orquesta Latino Caribeña de El Sistema, le ofreció su versión “Lo que yo traigo es sabroso”..., y tan sabroso fue que el maestro aceptó tocar un solo de piano recibiendo una ovación de los presentes, prestos a concurrir a un concierto gratuito del maestro.

La plaza Diego Ibarra de Caracas, en esa misma visita, dio tarima a La Perfecta II, una banda evocadora del sonido de los años sesenta. Palmieri repasó con un nutrido público el selecto repertorio trazado por seis décadas de visitas al país animadas por su exultante ánimo; ese mismo ánimo que alguna vez, como sucede con los amores sinceros, pues también le había traído el desencanto necesario para añorar sus regresos triunfales:

*¡Ay Venezuela! he llegado yo a verte otra vez...
Yo vo' a cantar, yo vo' a tocar*

Ay Venezuela! tierra bendecida por Dios...

*Yo vo' a bailar, yo vo' a bonchar
Yo vo' a llorar, yo vo' a olvidar...
Venezuela, Venezuela... ©*



complicado: *Harlem River Drive*, del año 1971, fue un disco que le acarreo fama de izquierdista por los recitativos en contra de la discriminación racial sufrida por los norteamericanos latinos de El Barrio, East Harlem. Otro ejemplo: el famoso *Disco blanco*, una joya sonora enredada en más de 300 horas de grabación según La Tierra Sound Studios de Nueva York, por no hablar de los intrincados arreglos financieros que su salida al mercado supuso, pero...

Complicado o no, Palmieri, maestro, fue un consecuente expositor de su arte, aceptado a plenitud en Venezuela. Los primeros discos de La Perfecta ayudaron a popularizar la salsa y a dar patrón sonoro a un célebre grupo local: Los Dementes de Ray Pérez. *Champagne* confirmó la moda del *boogaloo*. El latin jazz refinado dio pie a varios LP grabados conjuntamente con Cal Tjader; luego inspiró grabaciones en *Jazz combo* del maestro, durante las décadas finales de su vida.

El borde experimental de *Salsa-Jazz-Rock “a lo Palmieri”* tuvo una refinada popularidad en nuestro ambiente. Discos como *Azúcar pa' ti*, *Justicia*, *Superimposition*, *Unfinished Masterpiece* o *El disco blanco* satisfacían al bailador de salsa dura y también a quienes buscábamos toques *jazzy* en los afinques pianísticos de Eddie –el percusivo solo de piano de *Azúcar*– o de su hermano mayor, el virtuoso pianista Charlie Palmieri, indiscutido “Gigante de las blancas y las negras” que tocó el órgano en las bandas de los años setenta y le enseñó a su hermano menor varios conceptos básicos para desarrollar estilo: 1) El piano es esencialmente un instrumento de percusión porque sus teclas percuten las 88 cuerdas del piano; así, el piano puede ofrecer ritmos o *tumbaos*; 2) las armonías deben interpretarse con los diez dedos de las dos manos, en un entra y sale de la rítmica del tema; 3) todo conocimiento propio del pianista clásico es tan bienvenido como las enseñanzas armónicas del jazz; hay posibilidades de combinar lo tonal y lo atonal; 4) La clave afrocaribeña y sus complejas vertientes, viene a ser papá y mamá de la música que se ofrezca.

4.

En cuanto a los soneros de la banda, Cheo Feliciano impulsó los éxitos “Busca lo tuyo”, el mosaico “Ritmo alegre” y hasta “El día que me quieras” en una extraña versión experimental. Linda Bell Caballero, “La India”, recibió su bau-